BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

Valentina Valentona.

Comedia en cuatro actos y en verso, original de D. PEDRO CALVO Y ASENSIO, *representada por primera vez en el teatro de Variedades, el* 12 *de abril de* 1846.

A D. Juan Ruiz del Cerro, en manifestacion del sincero afecto de su buen amigo, el Autor.

PERSONAGES.	ACTORES.
VALENTINA.	Doña *J. Rizo.*
ALDEGUNDIS.	Doña *J. Muñoz.*
D. CARLOS.	D. *J. de Alba.*
MARCELINO.	D. *M. Serrano.*
CIPRIANO.	D. *M. Nogueras.*
RUIPEREZ.	D. *C. Más.*
D. JUAN.	D. *J. Miguel.*
ROMAN.	D. J. *Ruiz.*
ALCALDE DE RONDA. .	D. *F. Ecija.*

Alguaciles, Jugadores.

La escena pasa en Madrid, despues de las últimas guerras sostenidas en Flandes por los españoles.

ACTO PRIMERO.

Salon elegante en casa de Valentina; muebles de lujo y entre ellos un espejo. Puerta en el fondo: dos puertas laterales, á la derecha, otra á la izquierda en último término, y en el mismo lado, y en primer término, balcon practicable con cortina grande que cuando se corra, cubra todo el hueco del balcon.

ESCENA I.

MARCELINO, ALDEGUNDIS.

ALD. Ya marchó.
MARC. Pero rezando.
ALD. La letanía.
MARC. Sí, toda:
de modo que cuando vuelva...
ALD. Vendrá con hiel la paloma.
No he visto muger igual,
qué génio, qué trapisonda
arma en un decir Jesús,
si á sus miras acomoda:
y luego como su padre,
que Dios le tenga en la gloria,
un gusto no la quitaba...
MARC. Y gustos que hoy la reportan
desventajas.
ALD. Quién lo duda?
Hacer de una niña hermosa
un diablillo reboltoso...
MARC. Pero tan valiente, esposa,
que cuando me habla un poco alto,
luego me cierra la boca.
ALD. Porque eres un babiecon
que no la mandas en forma;
porque no tienes...
MARC. Canario!
ALD. Lo dicho.
MARC. Pero tú ignoras
que su buen padre en los últimos
al testar dijo estas cosas:
» Nombro solo por tutor
» de mi Valentina hermosa,

3

»á Mercelino, María,
»Ramon, Cifuentes y Rosa;
»con la condicion precisa
»de que á nada se la oponga,
»y que cuanto ella mandare
»se cumplirá en toda forma.
»Y si mientras la tutela
»no estuviese ella gustosa
»con su tutor, sin mas leyes,
»si á la niña la acomoda,
»será depuesto al instante
»eligiendo otra persona
»que le reemplace.

ALD. El tal padre
nos dejó una babilonia
envuelta en el testamento.

MARC. Ay Aldegundis! Esposa,
es muy cierto que esas cláusulas
algun dominio me acortan;
pero sin ellas, tendriamos
al año doscientas doblas?
Qué hemos de hacer? Sino hay
como nos cuenta la historia,
un atajo sin trabajo,
y esta verdad corrobora
otro refran que nos dice,
que el que no come no engorda.
Pero Aldegundis, yo tengo
en esta testa española
cosas grandes.

ALD. Sí lo creo,
buen Marcelino, y quien otra
mejor que yo, diera fé
de lo que me dices?

MARC. ¡Oiga!
Como que hace ya veinte años
que nos casamos, paloma,
y desde entonces...

ALD. Es cierto,
desde entonces hasta ahora,
siempre he sido... y no me pesa,
confidenta de tus obras.

MARC. Y por siempre lo serás,
y en prueba de que de todas
mis recónditas acciones
depositaria eres sola,
te confiaré un secreto
de trascendencia.

ALD. Sí?

MARC. Toma,
como que si sale bien,
hemos hecho la pacota.

ALD. Pues sepamos, Marcelino,
sepamos.

MARC. Hui que curiosa:
vamos, ya estás impaciente
hasta saberlo.

ALD. Que posma;
echa á un lado tus rodeos.

MARC. Te voy à dejar atónita.
Bien sabes, dice un refrán,
que no mama quien no llora,
y otro, que al que es descuidado
le suelen quitar la novia.

ALD. Tú no tendrás ese miedo,
que en caso fuera la esposa.

MARC. Pobre muger! tú no entiendes
las metáforas pomposas:
ven acá, siéntate aqui.

ALD. Vamos, de prólogo sobra.

MARC. No ignoras que Valentina
ha tenido y tiene ahora,
mil pretendientes.

ALD. Y á todos
despacha en debida forma.

MARC. Aldegundis, ahí estriva
mi resolucion heróica;
si á ellos les despide, á mi...

ALD. Te quieres casar?

MARC. No, tonta:
pues no estoy casado ya?
Escúchame, inocentota.

ALD. Creo que á tanto escuchar
me he de quedar pronto sorda.
Siempre has de ser tan pesado...

MARC. Ten mas paciencia, bobona.
Valentina tiene un genio
tan vivo como una pólvora,
y para que haya contraste,
querrá algun marido alondra;
es decir, que sea un bendito,
que haga cuanto ella disponga.
Nuestro sobrino es un angel,
y no se hallará en Europa
un hombre mas á propósito
para semejante boda.

ALD. Y tú crees que la niña
se prestará á ser su esposa?

MARC. Yo la haré las reflexiones,
y por S. Juan, si se logra,
pastelero á tus pasteles,
tú, muger á ser tutora
para siempre de su hacienda,
y á dormirse á la bartola.
El chico no es para nada,
la chica es muy reboltosa,
de modo que Marcelino
será quien calce las botas,
y aunque la chica sea el ama,
has de ser tú la señora.
Nada, nada, en cuanto venga,
pongo manos á la obra.
(*se oye ruido de coche.*)

ALD. Oyes? Ya está aqui de vuelta.

MARC. Tan pronto?

ALD. Si es una loca:
siempre va rabiendo en coche,
la gusta mas ir airosa
en su caballo.

MARC. Y què quieres?
Dejarla si se la antoja.

ALD. Ya llega, á Dios, Marcelino.

MARC. El no te niegue la gloria.

ALD. Pues qué, me voy à morir?

MARC. Jesús, Jesús que bobóna:
es pedir á prevencion.

ALD. Esa es prevencion muy tonta.

ESCENA II.

MARCELINO, VALENTINA.

MARC. Qué es esto? Ya estás en casa?
VAL. La pregunta es española:
no me veis? Pues entro, es claro
que en mi casa estoy ahora.
MARC. Si hace un momento salistes
en el coche? Tú estás loca.
Entonces, cuanto has corrido?
VAL. Diez leguas á la redonda.
MARC. ¡Diez leguas en diez minutos!
VAL. Minutos que son cien horas.
No sabeis cual es mi genio
cuando voy como una monja
que encerrada en una celda,
solo la nariz asoma
para decir, «Dios os guarde,»
y aquel cláustro la sofoca
porque no respira libre
el ambiente qué ambiciona?
Lo mismo me pasa á mi
cuando vuestro empeño logra
reducirme á que pasee
como muger setentona.
MARC. Como el sexo lo requiere...
VAL. Cuando el sexo tiene gota,
cuando es una contrahecha,
derrengada y no garbosa,
ó tiene algo que ocultar
delante de las personas,
entonces requiere el sexo
parecer muger juiciosa.
MARC. Siempre serás tú la misma;
y el pudor?
VAL. Santa Polonia!
Le conservará mejor
alguna de esas hipócritas,
que van desde casa á misa
haciendo las santurronas;
que si oyen echar un taco
parece que tiemblan todas,
que no levantan la vista...
cuando no las acomoda;
que cuando hablan con un hombre
haciéndose las gazmoñas,
se abaten, se ruborizan,
y cuando se hallan á solas
con un prójimo que agrade,
la paba pelan gustosas?
Le conservarán, repito,
mejor que yo, porque airosa
en un corcel monto ufana,
porque cual una amazona
las riendas del fuerte bruto
manejo serena y pronta,
porque yo juego la espada,
y el florete y la pistola,
siendo solo Valentina...
MARC. Debiendo ser Valentona.
VAL. Siendo una muger?
MARC. *In nómine,*
y un diablillo por las obras.
VAL. Os habeis de volver chocho.
MARC. Si estoy junto á ti, se otorga:
tú me volverás tarumba.
VAL. Sino sois antes zambomba,
ó tonel del buen Dios Baco,
porque segun esas formas,
pronto estareis...
MARC. Hase visto
tal descaro?
VAL. Ya se amosca?
Mas, cachaza, Marcelino,
nunca tolerais las bromas.
MARC. Qué bromas!
VAL. Cuando iba á hablaros
de un asunto que os importa,
os enfadais? Está bueno,
vaya pues, os dejo á solas.
(*se va.*)

ESCENA III.

MARCELINO.

La chica es otro Luzbél:
Dios Baco al buen Marcelino?
Es cierto me gusta el vino,
pero estoy hecho un tonel?
Verdad es que yo estoy gordo
y que no trabajo apenas,
pero antes pasé las penas
cuando montaba en mi tordo.
Quién á mi me lo digera,
cuando militar airoso
montaba el tordo brioso
que envidia de todos era?
Entonces el gran lanzon
de Marcelino Maria,
nuevos triunfos adquiria
en cuanto entraba en accion.
Por esto, el buen general
siempre me mostró su aprecio,
y aunque era yo un pobre necio
me apellidaba el leal.
Y en premio de mi valor,
si en guerra me satisfizo,
tambien á su muerte me hizo
de su única hija tutor.
Esto se llama hacer suerte;
ser en la guerra querido,
en la paz favorecido,
y aun agraciado á su muerte.
Vamos, la suerte ladina
conmigo al fin se ha portado,
solo que me ha trasformado
de un valiente, en un gallina.
Si mentira me parece,
en hablando la chica alto,
al punto me sobresalto
y el corazon se estremece.

ESCENA IV.

MARCELINO, ALDEGUNDIS, *despues* ROMAN.

ALD. Qué tal, la hablaste?
MARC. Por vida,
no Aldegundis, no la hablé,
mas con ella me enfadé
porque estuvo algo atrevida.
ALD. Eres capaz de aburrir...
MARC. Quia, muger, dice un refran,
que las palabrás están
mucho mejor por decir.
ALD. Bien te puedes poner ancho,
con tu discurso.
MARC. Me place:
y sino te satisface,
al buen callar llaman Sancho.
ALD. Eres un hombre valiente;
bien puedes luego contar,
que harto estás de pelear
y de acobardar la gente.
MARC. Al género masculino
ni le temo ni le debo,
pero á atentar no me atrevo
al género femenino.
ALD. Yo juzgaba, á mi entender,
mas dificil, no te asombre,
poder derribar á un hombre,
que vencer á una muger.
MARC. Por eso no tengas grima
que en cuanto salga allá vá.
ROM. (*saliendo.*) Señorita aqui está ya...
ALD. Quién?
ROM. El maestro de esgrima.
ALD. Válgate por el maestro.
MARC. Si alguien lo oye, pensaria...
ROM. Que el señor tutor servia...
para caminar del diestro.
ALD. Desvergonzado!
MARC. Insolente!
responder asi á un tutor?.....
Hoy te despido.
ROM. Señor,
lo habeis dicho de repente.
ALD. Hoy saldrás, aunque se tuerza...
ROM. Eh! la vieja escuche y calle,
si luego voy á la calle,
tendré que salir por fuerza.
MARC. Con veinticinco catarros
habeis de callar.
ROM. Por Dios,
que vais á salir los dos
por la puerta de los carros.
Ya sabeis que si me empeño...
(*se entra en el cuarto de Valentina.*)
ALD. Qué atrevimiento!
MARC. Què escándalo!
por fuerza ese hombre es un bándalo.
ALD. Y tú un pedazo de leño.
Con que desde hoy estaré
condenada...
MARC. A qué?
ALD. A sufrir.
MARC. Ninguno puede decír,
de esta agua no beberé.
ALD. Malditos sean tus refranes
y tu incomparable flema.
MARC. Cada loco con su tema,
cada cual con sus afanes.

ESCENA V.

Los mismos, VALENTINA, ROMAN. (*sale Valentina y detrás Roman con un florete. En toda esta escena los actores estaràn en dos grupos: Valentina y Roman en uno, Aldegundis y Marcelino en otro.*)

VAL. Prepararé su hospedaje:
trahe el florete mas largo,
y de contarle me encargo
los botones de su trage.
ROM. No será la primer vez
que lo habeis hecho...
VAL. Mas quiero,
pues que se muestra altanero,
abatirle su altivez,
Ya es la hora, estate alerta,
si pasase...
ALD. ¡Qué zozobra!
MARC. Paciencia todo lo cobra
dice un refran.
ROM. A la puerta
estaré en guardia observando;
si pasa, aviso.
VAL. Eso es.
ALD. Marcelino, no lo ves
como hablan solos?
MARC. Hablando.

ESCENA VI.

ALDEGUNDIS, MARCELINO.

ALD. Nadie contigo disfruta
tranquilidad: tú me aburres.
MARC. Pero es porque no discurres;
contra gustos, no hay disputa:
todo en mi, muger, te estraña,
mas déjame con mi genio,
ya verás si yo me ingenio,
que al fin donde hay gana hay maña.
ALD. Y harás...
MARC. Cuanto un hombre puede.
ALD. Y el sobrino?
MARC. Le presento
AND. Y cuentas...
MARC. Vaya si cuento,
y contaré mas si accede. (*haciendo con los dedos señal de contar dinero.*)
ALD. Pero el muchacho es muy corto,
y para hablarla...
MARC. No importa,
ya verás como se porta,

y verás como me porto.
ALD. No es hombre que dará guerra
por mucho hablar.
MARC. Eso no,
pero asi le quiero yo,
quien mucho habla, mucho yerra.
ALD. Le verás hecho un difunto
en su presencia.
MARC. Mal vas,
me colocaré detrás
y verás como le apunto.
ALD. Pero él sabe algo?
MARC. No, nada.
ALD. Entonces...
MARC. Le avisaré,
y yo mismo le impondré...
(*Valentina dentro.*)
VAL. Es la sétima estocada.
ALD. Lo que es aqui bien lo fraguas.
MARC. Oiste? Siete al maestro.
ALD. Y dará á diestro y siniestro.
MARC. Es un diablo con enaguas.
CIP. (*dentro.*) Tio, tio, donde estais?
MARC. En nombrando al ruin de Roma,
bien dicen, que luego asoma.
CIP. Buenas tardes.
MARC. Bien llegais.

ESCENA VII.

Los mismos, CIPRIANO.

MARC. Ciprianito, siéntate.
CIP. En donde tio?
MARC. Aqui enmedio.
CIP. Muy bien.
MARC. Hoy estás muy guapo.
CIP. Me he puesto de trage nuevo.
La gusto á V., tia?
ALD. Mucho.
CIP. Un meritorio en Correos
dicen que suele agradar.
ALD. Y tú con eso y sin eso.
MARC. Por lo mismo, entre tu tia
y yo, tenemos dispuesto
proponerte que te cases,
si en ello no hallas recelo.
CIP. Que he de hallar, cuando me han dicho
que un casamiento es tan bueno;
será con una muger?
ALD. Cosa es clara.
MARC. Por supuesto.
CIP. Y es bonita?
MARC. Como un sol.
CIP. Tiene haciendas?
MARC. Con estremo.
CIP. Es muy vieja?
ALD. Veinte abriles.
CIP. Entonces no la desprecio.
Nada, podeis ya decirla
que á ser su esposo me avengo.
ALD. Pero falta que te quiera
ella á tí.
CIP. Pues está bueno:
se dará por muy contenta:
¡un meritorio en Correos!
Pero quién es?
MARC. Mi pupila.
La conoces?
CIP. No por cierto,
siempre que he venido aqui
ha estado por allá dentro.
MARC. Tú serás un buen marido
CIP. Ya vereis, como un cordero.
MARC. A' ella la gusta mandar.
CIP. Yo la guardaré respeto.
Me gusta el obedecer,
jamás he sido soberbio,
Haré cuanto ella quisiere,
porque soy cristiano viejo.
ALD. (Buena pareja de moldes
para esposos con cencerro.)
MARC. Yo siempre estaré á la mira
y administraré lo vuestro.
CIP. Lo mio y de mi muger?
MARC. Lo de los dos, por supuesto.
No tienes que trabajar,
yo me encargo del gobierno
de la casa y las haciendas...
CIP. Entonces dejo mi empleo.
Me direis que he de hacer yo
en casándome, y *laus deo.*
MARC. Eso es para mas despacio.
VAL. (*dentro.*) Idos con Dios, buen maestro.
ALD. Callad, ya viene.
CIP. Quién? (*asustado.*)
ALD. Ella.
Qué es eso?
CIP. Que me dá miedo.
ALD. ¡Vaya un hombre!
CIP. No es estraño,
no me he visto en tal aprieto
nunca.
MARC. No tiembles.
CIP. Ya, ya,
sin saber como, me tiemblo:
como está un hombre en capilla...
ALD. Eres un mandria.
CIP. Convengo,
siempre seré de los mansos:
nunca á enfadarme me atrevo,
porque yo sé que es pecado
el ser un hombre travieso.
MARC. Ven, ven, ocúltate aqui,
la prepararé primero.
CIP. Pero luego á la salida
me acompañais?
MARC. Sí.
CIP. Yo creo
que estár á solas con ella
debe de dar mucho miedo.
MARC. Déjalo todo á mi cargo.
ALD. Entonces asi saldrá ello,
entre el tio y el sobrino...
MARC. Dios me entiende, y yo me entiendo.

ESCENA VIII.

Marcelino, Aldegundis, Valentina, *despues* Roman.

Val. Pobre hombre! Se va aturdido,
al ver como yo manejo
el arma blanca: le he dado
sin andarme con rodeos,
dos cupés, tres flanconadas,
dos de frente, una volviendo,
sin que ni aun haya podido
revolverse el buen maestro.
Y va enfadado.
Marc. Lo creo:
él dirá con un refran
antiguo ya, cria cuervos
y te sacarán los ojos.
Ald. Mejor fuera que ese empeño
que tienes en jugar armas,
lo tuvieras todo entero,
en rezar, en ayunar,
agradando al Dios Supremo.
Ese es el recreo justo
que pertenece à tu sexo,
no distracciones odiosas
propias de hombres pendencieros,
de jóvenes libertinos,
de militares.
Val. Yo siento
que en vez de esta cara rasa
no hubiera un tostado cuero,
unos torcidos mostachos
poblados y rubinegros:
y en vez de este esbelto talle,
un cuerpo de granadero,
y que al pasar por las plazas
dijeran con claro acento,
el capitan Valentin
es lo mejor del ejército.
Ese seria el placer
mas grato para mi pecho.
Ald. Delirios, delirios vanos.
Val. Delirios, delirios necios
son los tuyos, Aldegundis.
No ves que tengo en mi cuerpo
la sangre de un militar
valeroso y caballero,
y que al circular ardiente
pide batallas, asedios...
Marc. Si, los hijos de los gatos
siempre ratones cogieron.
Ald. Me espanta esa travesura:
qué inmoralidad! yo rezo
por tus culpas.
Val. No, mal haces,
que las tuyas son primero;
la hipocresía, Aldegundis,
la reprobó siempre el cielo;
porque Dios no busca santas
tan solo por el aspecto,
pues al juzgarlas se atiende,
Aldegundis, á sus hechos.
Con que ya ves, si te toca
puedes aplicar el cuento.
Ald. Qué desvergüenza!
Val. Tutor,
digo la verdad, ó miento?
Marc. Digo, Valentina, que eres
muchacha de mucho génio.
Rom. Señorita?
Val. Qué hay?
Rom. Corred;
(*La indica que mire por el balcon.*)
miradle en su potro negro,
la atencion llama en la calle.
Val. Airoso monta, pardiez!
esta es la primera vez
que admiro su hermoso talle.
Corazon, á dónde vas?...
Ald. No ves como hablan?
Marc. Sí, deja...
(*Aldegundis se va aproximando á Valentina y Roman dice al verla.*)
Rom. Huya de aqui, mala vieja,
traslado de Satanás.
Ald. Qué poquísima virtud!
Val. Apártese la Aldegundis,
ó la canto el *de profundis*
y la encajo en su atahud.
(*Valentina y Roman hablan en secreto.*)
Marc. Ven acá, muger.
Ald. Sí; ven,
y callas en mi presencia
siendo tutor.
Marc. Ten paciencia,
que yo la tengo tambien.
Ald. Y he de sufrir sin recelos
que me insulten á porfia?
Mar. De los mansos, hija mia,
es el reino de los cielos.
Val. (*á Roman.*) Le sigues, su nombre indagas
sus costumbres, condicion,
su estado, su profesion,
su génio, y cuidado lo hagas
con disimulo.
Rom. Convengo:
fiad en el celo mio,
que hasta en traheros confio
noticias de su abolengo.
(*Vase Roman.*)
Val. Todo mi plan fundo en tí.
Rom. Ya sabeis mi lealtad.
Ald. Qué infamia! qué iniquidad!
Satanás llamarme á mí?
Marc. A mí llamarme dios Baco...
Ald. Que la riñas es mi afan.
Marc. Mira que dice un refran
la codicia rompe el saco.
No lo conoces, esposa?
Val. (*aproximándose.*) Con ceño, fea os hallais
aunque si contenta estais,
por eso nó sois hermosa.
Marc. Creo que ya será hora
que me respetes á mi,

porque solo manda aqui
el tutor.
ALD. Y la tutora.
VAL. Hola! tambien mandais vos?
Ved qué cosa! Yo presumo
que es tan solo un poco de humo
ese mando de los dos.
MARC. (*á Aldeg.*) (Canario! qué es lo que escucho?
Cállate que nos perdemos.)
(*Alto.*) Deseo que luego hablemos
á solas.
VAL. Me place mucho:
dificultad yo no encuentro.
MARC. Me haceis perder el estrivo,
cada mochuelo á su olivo,
y tú, Aldegundis, adentro.

ESCENA IX.

MARCELINO, VALENTINA.

VAL. Ya me veis, soy vuestra esclava;
os obedezco sumisa.
MARC. Eso á decir me precisa,
quien bien anda, bien acaba.
VAL. Podeis hablar.
MARC. Es muy justo.
Mil novios te han pretendido,
y casarte no has querido.
VAL. Ni lo haré si no es mi gusto;
y si no es mas...
MARC. Despacito,
que no me opongo á tu afan,
pues sé qué dice un refran,
de gustos no hay nada escrito.
De ingrata la fama cobras.
VAL. Qué me importa? Ese es mi centro:
si en unos faltas encuentro,
y en otros encuentro sobras,
los querré yo?
MARC. No en verdad;
mas conozco, Valentina,
que á ser monja no se inclina
tu absoluta voluntad.
VAL. En eso, teneis razon;
pero me inclino á la caza...
MARC. No desmentirás la raza.
VAL. La esgrima, la equitacion.
MARC. Ya que tu padre mandó
que en todo hicieras tu gusto,
haz lo que quieras, que es justo
que á ello no me oponga yo.
Pero ya tienes veinte años,
y soltera, y á esa edad,
estás espuesta en verdad
del vil mundo á los engaños.
Como los vicios contrastan....
VAL. Qué quereis decir tutor
con....
MARC. Que al buen entendedor
pocas palabras le bastan.
VAL. Es decir, que vos quereis
que no me entierren con palma?
MARC. Si asi lo comprende tu alma...
quisiera...
VAL. Que me escucheis.
Sabeis que mi gusto es raro,
que muchos me han pretendido,
y que á todos he tenido
que poner algun reparo.
Ahora bien: si vos, tutor,
uno que me agrade hallais,
estad cierto...
MARC. Qué, os casais?
VAL. Acepto ciega su amor.
MARC. Yo sé de uno que entre mil
mejor no podrás hallarle,
ni pudieras encontrarle
buscándole con candil.
No es vicioso, es arreglado,
es dócil como un cordero.
VAL. (Que hay en su lenguaje infiero
algun misterio encerrado.)
MARC. El es natural de Astorga.
VAL. (Al buen hombre seguiremos.)
MARC. (Creo que boda tendremos,
porque aquel que calla otorga.)
VAL. Segun le oigo ponderar,
será algun ángel.
MARC. Un santo.
VAL. Pues me acomoda.
MARC. Si?
VAL. Y tanto,
(para adorno de un altar.)
MARC. No eres formal, te chanceas,
y no es cosa de reir:
mas si te has de decidir,
es preciso que le veas.
VAL. Sí, sí, tutor.
MARC. Cayó el pez.
(Tengo un talento profundo,
y esta charla vale un mundo.)
VAL. Y cuándo?
MARC. (Llegó mi vez.)
En este instante, ahora mismo.
VAL. Pues qué, es mercancía vuestra
y á mano teneis la muestra?
(No comprendo este embolismo.)
MARC. A satisfacer me obligo
tu curiosidad.
VAL. Al punto.
MARC. El llanto sobre el difunto;
Ciprianito, ven conmigo.

ESCENA X.

VALENTINA, MARCELINO, CIPRIANO.

MARC. A vér cómo hablas.
CIP. Muy quedo.
MARC. Lo que sientas has de hablar.
CIP. (Entonces, puedo empezar
por decir que tengo miedo.)
(*Alto.*) Buenas tardes.
MARC. Aqui está.
VAL. Bien venido.

MARC. (Voto á Cristo,
ten mas pecho.
CIP. (Ya me ha visto;
con que me retiro ya?)
MARC. (Hombre, por piedad!)
CIP. (Yo sudo.)
VAL. (Vaya un cuadro.)
CIP. (Estoy corrido.)
VAL. (Este paso es divertido.)
(*Momento de pausa.*)
El señor se ha vuelto mudo?
CIP. No... no señora.
VAL. Creia.
MARC. Es corto.
VAL. (Y no de pescuezo.)
CIP. (Un Padre-nuestro yo rezo
Y luego un Ave-María.)
VAL. Con que vos....
MARC. (Dila que sí.)
CIP. Sí, si.
VAL. Segun he escuchado,
sois quien està enamorado
perdidamente de mí?
CIP. Asi lo dice mi tio.
VAL. Vuestro tio?...
MARC. (No, hombre, no.
Tú, tú.)
CIP. Dice que soy yo.
VAL. Es vuestro sobrino?
MARC. Mio.
VAL. No habrá un hombre que no alabe
la eleccion de tal maestro.
MARC. Tan solamente le adiestro
en las cosas que no sabe.
CIP. (Cuándo me despachará?)
MARC. (Háblala algo.)
VAL. (Vive Dios,
que no sé quien de los dos
mas loco, ó tonto será.
Al fin, pasemos el rato.)
Jugais?
CIP. A la brisca, sí,
á ochavo ó maravedí.
VAL. Sois un jóven muy pacato.
MARC. Mis consejos....
CIP. Oh! los sigo.
VAL. Manejais armas?
CIP. Quiá! no;
como á nadie ofendo yo,
nadie se mete conmigo.
VAL. Y fumais?
CIP. Es de viciosos;
ademas que me mareo.
MARC. Su vicio es dar un paseo.
VAL. Sus gustos son asombrosos.
Pues estareis divertido
con frecuencia.
CIP. Sí señora;
y me va á enseñar ahora
mi tio á ser buen marido.
MARC. (No digas eso.)
CIP. No digo...
VAL. Sois un hombre hecho de encargo;
pero sereis, sin embargo,
buen sugeto para amigo.
CIP. Con nadie riño jamás,
porque á todos quiero bien,
y porque tengo tambien
un buen genial ademas.
Y si nos casamos pronto,
conocereis mis deseos.
VAL. (Pues no se anda con rodeos
ni por las ramas el tonto.)
Probablemente, confio
en que dichosa ha de ser
la que os llegue á merecer.
CIP. Lo mismo dice mi tio.
VAL. Derramareis la alegría
en la casa donde entreis,
porque el dón que poseis...
CIP. Lo mismo dice mi tia.
VAL. Ese es el dictàmen mio;
mas cuando llegais á hablar
es cosa de arrebatar.
CIP. Lo mismo dice mi tio.
MARC. (Pobre hombre! qué alma tan fria!)
VAL. Y ese talle tan airoso,
hace perder el reposo.
CIP. Lo mismo dice mi tia.
VAL. Pues id con Dios, y contad,
hasta que llegue la boda,
con mi confianza toda,
y con mi tierna amistad.
CIP. Gracias, señora.
VAL. Id con Dios.
MARC. (La victoria está empezada,
pues mas vale algo que nada.)
VAL. (Si estarán locos los dos?)
CIP. Yo creo que me he lucido. (*retirándose.*)
MARC. Es preciso que repitas
con frecuencia las visitas,
que ausencias, causan olvido.

ESCENA XI.

VALENTINA.

Mientras que me estoy burlando
con placer de este inocente,
mi corazon tiernamente
de amor está suspirando.
Acaso el susurro blando
que el eco de mi voz deja,
mas y mas su amor aleja
de quien tal vez por él viva,
sin esperar que reciba
ni aun un á dios á su queja.
Mas no importa; si he nacido
muger con alma gigante,
bien puedo hallar el amante
que, sin haberlo advertido,
mi corazon ha rendido:
mi ingénio me ha de amparar
en lo que voy á trazar;
y aunque grande empresa es,
hasta rendirle á mis piés

no tengo de descansar.
Quédese mi sexo á un lado:
si de muger tengo el nombre,
resolucion tengo de hombre
y el corazon bien templado:
nada, ya està decretado;
no haré yo eterno mi mal
por no ser á un hombre igual,
y haré ver qué es mi destino
ser del sexo femenino
una regla escepcional.

ESCENA XII.

ROMAN, VALENTINA.

ROM. Señorita....
VAL. Qué hay, Roman?
ROM. Medio Madrid he corrido.
VAL. Pero al fin, has conseguido?...
ROM. Templad, templad vuestro afan.
VAL. Amor, tiende ya tus alas.
ROM. No canteis tan pronto albricias.
VAL. Pues qué, no traes noticias?...
ROM. Las traigo buenas y malas.
VAL. Quién es?
ROM. Se llama D. Cárlos,
capitan de infantería,
y hombre que con bizarría
los riesgos sabe arrostrarlos.
Es en estremo galante;
pero lo hace tan de ganas,
que acostumbra en dos semanas
mudar tres veces de amante.
VAL. Eso, Roman, no me aflige.
ROM. Si es inconstante, señora...
VAL. No habrá encontrado hasta ahora
una muger que le fije.
ROM. Es ademas pendenciero
y jugador sin segundo.
VAL. No se encuentran en el mundo
los hombres sin algun pero.
Al menos tendrà alma noble.
ROM. No habiendo amor, es de peña;
si él una palabra empeña,
no hay cuidado que la doble.
VAL. Y podremos encontrarle?
ROM. En un garito endiablado
que hay en la calle de al lado,
de noche es fácil hallarle.
VAL. Sabes la casa?
ROM. La he visto.
VAL. A qué hora viene?
ROM. A las diez.
VAL. O le pierdo de esta vez,
ó esta noche le conquisto.
ROM. Y pensais?...
VAL. Que de mi afan
voy á buscar el sendero,
y sin decir que le quiero,
será pronto mi galan.
Nada se trasluzca de esto.
ROM. Sabeis que os sirvo rodando:
mandadme.
VAL. Pues bien, te mando
que estés á las diez dispuesto.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

El teatro está dividido del modo siguiente: la tercera parte del escenario ocupa una casa ordinaria, en donde están algunos jugadores sentados al rededor de una mesa, y jugando al monte: otros de pié agrupados. Todo lo demas del teatro figura plaza con avenidas: á la derecha del espectador, una casa con puerta principal y balcon practicables. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

JUGADORES.

JUG. 1.º Malditas cartas! Ni una.
ID. 2.º Siete judías se han dado
sin quebrarse.
ID. 3.º Juego, juego.
Dos onzas van al caballo.
ID. 4.º Estas tres con el ás saltan.
ID. 2.º Reniego yo de los saltos,
que, sin que gane ninguna,
nueve doblas me han llevado.
ID. 4.º Paciencia.
ID. 1.º La sota es puerta.
ID. 3.º Gracias á Dios que he ganado.
(*Entra Cipriano con D. Juan.*)
ID. 1.º Quién me dá á vaca dos onzas?
CIP. Dime, Juan, en dónde estamos?
JUAN. En una casa de juego;
no lo ves, voto á mil diablos?
CIP. Por Dios, Juan!
JUAN. Pero qué es eso?
CIP. Que ya estaré escomulgado.
Para qué asi me engañaste?
JUAN. Yo jamás miento ni engaño;
te dije á una parte santa,
y no es esto un santuario?
CIP. Jesus! Jesus! Vámonos.
JUAN. En cuanto pruebe si gano;
ó me voy sin mis tres onzas,
ó me llevo veinticuatro:
tres veces van à la dobla;
prueba tu suerte, juega algo.
CIP. Si yo supiera....
JUAN. Si apuntas...
CIP. Permiten poner de á ochavo?
JUAN. Reniego de tu miseria.
CIP. Pues si no, pondré de á cuarto.
JUAN. Déjame en paz, no me aburras;
ó juega, ó está mirando.
(*Juan se va á la mesa de juego, y Cipriano se*

va poco á poco arrimando, y al aproximarse á uno le dice.)

JUG. 2.º (*á Cip.*) No se eche V., jesuita,
ó le arrimo un puñetazo.

CIP. Si... no me echo: Dios eterno!
vaya un hablar cortesano.
Qué caras! Infunden miedo
solamente con mirarlos;
quién me mandó á mí ser tonto
y condescender...

JUG. 4.º El basto:
gané el *elijan*.

CIP. Qué nombre!

ESCENA II.

Los mismos, VALENTINA *vestida de hombre*; ROMAN.

CIP. Ya llegan mas convidados.

ROM. Esta es la casa.

VAL. (*mirando.*) No está.

ROM. Ya vendrá, no hayais cuidado.

VAL. Calla! no es aquel babieca
el sobrino...

ROM. Sí: Cipriano.

VAL. Ocúltate bien el rostro
y retírate á ese lado.
(*Valentina se sienta junto à Cipriano.*)
Qué haceis tan solo, buen hombre?

CIP. Aqui estaba... meditando.

VAL. Habreis perdido tal vez
lo menos diez mil ducados?

CIP. Jesus! Jesus! qué habeis dicho?
Ni aun los he visto soñando.
Si yo no soy jugador.

VAL. Pues qué sois?

CIP. Un empleado.

VAL. De qué ramo?

CIP. De Correos.

VAL. Sois acaso D. Cipriano?

CIP. Cifuentes, Corto y Medrana,
por si soy útil en algo.

VAL. Cuanto me alegro.

CIP. Ola, ola?

VAL. Vos estais enamorado?

CIP. Lo sabeis vos?

VAL. Justamente.

CIP. Y por quién?

VAL. No exijais tanto:
yo sé que la chica os quiere.

CIP. Ese fué luego mi càlculo
cuando me dijo mi tio,
esto tenemos pensado.

VAL. Vos lo mereceis.

CIP. Lo mismo
dicen todos los que trato:
vos la vais á hacer feliz,
me repiten.

VAL. Pues es claro.
Si lo sublime y lo bello
en vos está compendiado:
y cómo os hallais aquí?

CIP. Qué quereis? Por un engaño.
Un compañero que tengo,
que tambien está empleado,
me dijo, vente y verás
un hermoso santuario.
Y yo inocente creí...

VAL. Creisteis lo de lo santo?
(*D. Carlos entra y se dirige á la mesa.*)

CIP. Justamente, que sino
jamás aqui hubiera entrado.

ROM. Ya está D. Cárlos. (*ap. á Valentina.*)

VAL. (*id. á Roman.*) En dónde?

ROM. Miradle enfrente apuntando.

CAR. Juego.

JUGADOR. Jugar.

CAR. Copo al siete.
(*momento de pausa.*)
Siete á la vuelta; he ganado.

JUG. 3.º Esperad, que tiene puerta,
porque ibais fuera.

CAR. ¡Bellaco!
Cómo que puerta? Yo dige
que estaba el siete copado,
sin decir fuera ni dentro.

JUG. 2.º La banca estaba adeudando
doce onzas.

CAR. Á quién?

JUG. 4.º A mí.

CAR. (*cogiendo el dinero.*)
Voy á ponerlas á un lado.
Si tahures sois de oficio,
por hoy os llevásteis chasco,
primos llegarán despues
á quien podais desplumarlos.

JUG. 1.º Yo no tolero ese insulto,
y voto á brios

CAR. Sosegaos,
que estamos en casa agena.

JUG. 2.º Nos ha insultado.

JUG. 1.º 3.º y 4.º Matarlo.
(*Valentina se va aproximando á donde está el barullo.*)

Varios jugadores. Matarlo.

CIP. (Y si se equivocan
y me dan á mí?)

CAR. Villanos,
porque estoy solo abusais.
Venid, que fuera os aguardo;
á nadie temo, cobardes,
venid tras de mí, mi brazo
os probará quien soy yo,
y mi espada lo que valgo. (*se sale.*)

JUG. 2.º Matémosle, compañeros.

ID. 4.º Todos contra él vayamos.
(*Salen todos, y entre ellos Valentina y Roman; Cipriano queda el último.*)

ESCENA III.

CIPRIANO.

CIP. Pero por qué se consienten
las casas de contrabando,

en las que segun yo veo,
despues de perder los cuartos,
se espone un hombre á salir
á la calle á sartenazos?
A dónde he venido yo?
Santos cielos! Que pecados
en mi vida he cometido
qué he venido aqui á purgarlos?
Todos se han ido; á mi solo
en el cuarto me han dejado:
no sé que hacer: no me atrevo
ni siquiera á dar un paso.
Pero ánimo: poco á poco
saldré á la calle, observando
por qué parte se dirigen,
y marcharé hácia otro lado.
Dadme, Señor, buen acierto,
y que no los halle al paso;
que ofrezco si salgo bien
rezar cuarenta rosarios,
ayunar cincuenta dias
y visitar el Calvario.
Entre tanto, «Padre nuestro,»
iré de paso rezando. (*vase.*)
(*El resto del acto pasa en la calle.*)

ESCENA IV.

VALENTINA, ROMAN, *despues* D. CARLOS.

CAR. Caballeros.
VAL. (*à Roman.*) El nos sigue,
cumplirás bien con mi encargo?
ROM. Confiada estad, señora,
dejándolo á mi cuidado.
VAL. Mientras que dure el disfraz
me llamaré D. Fernando.
Ya llega, à Dios.
CAR. Caballero.
Caballero.
ROM. Me llamais?
CAR. Despues de haberme ayudado
y la vida haber salvado
por vos, asi me dejais?
ROM. No me puedo detener
que el amo se ha escabullido
y no sé por donde ha ido.
Dejadme echar à correr.
CAR. Pero decid por lo menos,
quién es vuestro amo?
ROM. Un señor.
CAR. Hidalgo y de gran valor.
ROM. Tiene unos humos muy buenos.
CAR. Su nombre?
ROM. Sois preguntón.
CAR. Teneis en ello reparo?
ROM. Es hombre de genio raro,
y ademas, muy regañon.
Mil veces me tiene dicho,
lo que yo te mande, harás,
lo que hago, á nadie dirás.
CAR. Será sin duda un capricho.
ROM. Cuando yo de noche salga,
que nadie sepa quién soy,
y como á su mando estoy,
lo hago, valga lo que valga.
Y tan bien en mi penetra
lo que manda, que su gusto
hago siempre (como es justo)
señor, al pié de la letra.
Antes me dijo, brioso
imita mis estocadas,
asi es que mis cuchilladas
fueron á roso y belloso.
Y cuando estaba zurrando
hice de valor alarde,
porque si es uno cobarde
no le gusta á D. Fernando.
CAR. Bendigo yo tu descuido.
Si ya el nombre me digiste
porque inadvertido fuiste,
sepa tambien su apellido.
Que si en tan feliz momento
la vida me libertó,
es justo le muestre yó
mi noble agradecimiento.
ROM. La franqueza vuestra alabo.
CAR. No me hagas impacientar,
ni temas.........
ROM. Me va á empalar.
CAR. Dime, su apellido es.....
ROM. Bravo.
CAR. Si acaso fuera...
ROM. Quién, quién?
CAR. Pariente de un general
que estuvo en Flandes.
ROM. Cabal,
y muy próximo. (Va bien.)
CAR. Conque es pariente cercano
de D. Julian Victorino?
ROM. Es su querido sobrino,
hijo único de su hermano.
CAR. De mi gefe, voto á brios!
Tio y sobrino; qué suerte!
me han librado de la muerte!
Debo la vida á los dos.
¡Oh! completad mi deseo.
Dónde, dónde le hallaria?
Que por su amistad daria
cuanto en el mundo poseo.
ROM. (Buen giro lleva el asunto.)
CAR. Dónde se habrá dirigido?
ROM. No os digo, se ha escabullido
aqui mismo, en este punto?

ESCENA V.

Los mismos, VALENTINA *asomándose á una esquina.*

VAL. Roman?
ROM. Señor.
VAL. Dónde estás?
ROM. Buscándoos.
VAL. Ya me parece...
CAR. Caballero.

VAL. Qué se ofrece ?
CAR. Dos palabras nada mas.
Creo que la suerte al cabo
quiere en mi torno girar,
permitiéndome abrazar
al buen D. Fernando Bravo.
VAL. Acaso me conoceis?
CAR. Conozco al hombre de honor
que fué mi libertador.
VAL. Nada en eso me debeis.
Yo ví que lidiabais solo
contra una turba crecida ;
ví que estaba vuestra vida
espuesta á traicion y dolo;
y dije, aunque es un valiente
este que airoso se bate,
uno solo en un combate
sucumbe ante mucha gente.
Por eso saqué mi acero
y en vuestro socorro fuí:
si libraros conseguí...
CAR. Me librasteis, caballero.
VAL. En ello tengo un placer.
CAR. Bien el lenguaje lo indica.
ROM. (Cáspita, cómo se esplica
el diablo de la muger!)
CAR. Y á tan sublime bondad
mi pecho reconocido...
No estrañeis si mucho pido.
VAL. Qué pedís?
CAR. Vuestra amistad.
VAL. En ello un honor me haceis,
y á corresponder me obligo.
CAR. Desde hoy el mejor amigo
en Cárlos Leiva tendreis;
y estrecharemos los lazos
que tuve con vuestro tio
el general.
VAL. Oh Dios mio !
CAR. Llorais? Vengan esos brazos.
VAL. Con que vos tuvisteis?...
CAR. Oh!
Siempre protegido fuí
de mi gefe, y á él debí
cuanto en el dia soy yo.
La vida me libró él
en una accion horrorosa,
que á España fué bien gloriosa
y á Flandes fué bien cruel.
Mas hoy, sintiendo latir
su sangre junto á mi seno,
de gozo el corazon lleno
quiere del pecho salir.
VAL. Yo tambien, enternecida...
(qué es esto? mi sexo olvido,)
es decir, enternecido....
ROM. (Se pierde si se descuida.)
VAL. Gustoso admito y ufano
vuestra donosa propuesta :
solo deciros me resta,
Leiva, que apreteis mi mano.
CAR. Venga, D. Fernando.
VAL. Asi :
buen Don Cárlos, apretad,
y eterna nuestra amistad
desde hoy hagamos.
CAR. Sí, sí.
VAL. Mas decidme, la aventura
que esta noche habeis corrido,
de amores ha provenido?
ROM. (Pues no es nada lo que apura !)
CAR. Decirlo me dá rubor,
pero mas me da engañaros ;
asi, voy á confesaros
cosa que ofende á mi honor.
En un garito indecente,
que es de holgazanes morada,
penetré con alma osada
y resuelto continente.
Dando al vicio rienda suelta
y ancho giro á mis deseos,
llegué, copé sin rodeos,
ganando todo á la vuelta.
Pero como en sus albures
siempre asideros encuentran
los que á jugar solo entran
en la escala de tahures;
quisieron con torbo juego
oponerme algun reparo;
y yo, como juego claro,
acudí á mi espada luego.
Les reté, y salieron fuera
todos contra mí en tropel,
gritando, chicos! à él,
no hay que dejarle, que muera.
Me rodean, voto á brios!
y á tan numeroso bando
mi valor iba flaqueando,
cuando me encontrasteis vos.
VAL. En verdad es afrentoso
que un guerrero de alma noble
su honor y su orgullo doble
á vicio tan vergonzoso.
CAR. Qué quereis... debilidad
de militares por cierto.
VAL. D. Cárlos, pues yo os advierto
que si apreciais mi amistad,
por siempre renunciareis
á jugar.
ROM. (Segun se porta
todas las sendas le corta.)
VAL. Con que me lo prometeis?
CAR. Mi palabra está empeñada.
VAL. Se cumplirà ?
CAR. De seguro.
VAL. Es que del juego...
AR. Os lo juro
sobre la cruz de mi espada.
VAL. La palabra es prenda bella
en hombre de honor.
CARL. Es cierto;
y mil veces fuera muerto
antes que faltar á ella.
VAL. Bien está: decidme ahora:
dónde vivis?
CAR. Si quereis,

aqui las señas teneis.
(*Le da una targeta.*)
VAL. Y estais en casa, á qué hora?
CAR. Hasta las cuatro no salgo.
VAL. Iré mañana.
CAR. Oh! no es justo
que vos....
VAL. Si acaso mi gusto
teneis, caballero, en algo,
dejadme.
CARL. Tanto favor...
ROM. (No es nada lo que se arrima.)
VAL. Os presentaré á mi prima
en casa de su tutor.
CAR. Y vuestra prima, quién es?
VAL. La hija del general.
CAR. De vuestro tio?
VAL. Cabal.
ROM. (Bien enreda el entremés.)
CAR. Cuánto el conocerla anhelo!
Su padre me hablaba de ella,
diciendo que era muy bella.
ROM. (El hombre tragó el anzuelo!)
(*Cipriano atraviesa el teatro pausadamente.*)
VAL. No es imparcial la opinion
de los padres al juzgar.
CAR. Yo la escuché ponderar...
VAL. Pues es exageracion.
Yo la oigo llamar hermosa
á muchos cada momento,
y si os digo lo que siento,
no me parece gran cosa.
ROM. Parece que está observando
ese hombre.
VAL. Llégate á ver
si le puedes conocer.
ROM. (*llegándose.*) Qué venís aqui buscando?

ESCENA VI.

Los mismos, CIPRIANO.

CIP. Yo... nada... si no...
ROM. Qué escucho?
Si es Cipriano.
CIP. Caballero,
yo me retiraba á casa.
ROM. Venga usté acá, no le creo.
(*A Valentina.*) Cubríos, que es el sobrino
de vuestro tutor.
CIP. (Yo muero!)
Señores, por caridad...
Si á ustedes no les ofendo.
VAL. Este hombre es algun espía,
pues nos miraba en secreto.
CIP. No creais eso, si soy
un meritorio en correos
que nunca salió de casa
despues que el sol se hubo puesto:
pero hoy, por desdicha mia,
salí con un compañero;
y en esta noche he pasado
martirios y jubileos:
asi, si sois, cual no dudo,
valientes y caballeros,
enterneceros bien pueden
mis lágrimas y mi miedo.
VAL. Y llora un hombre! Qué mengua!
CAR. Sereis un mandria!
CIP. Un cordero
por lo inocente y pacífico,
y un santo Job por lo bueno.
VAL. Mereceis que os exhoneren
al punto de vuestro sexo:
id con Dios, y no salgais
jamás de vuestro aposento,
en cuanto tienda la noche
su denso y opáco velo.
CAR. Si acaso alguno os ofende,
defendeos con mi acero:
tomad.
CIP. Os puede hacer falta.
CAR. Llevadlo.
CIP. Si os lo agradezco,
porque no sé manejar
las armas de ningun género.
CAR. La espada del capitan
D. Carlos Leiva Robledo
sabe moverse ella sola
en los combates sangrientos.
CIP. Esa es la mayor razon
por la cual yo no la quiero.
CAR. Y por qué?
CIP. Porque si hay sangre,
me desmayaré al momento;
con que dejadme marchar.
CAR. Esperaos, hombre enteco,
que habeis de llevar mi espada
tan solo porque es mi empeño:
tomad. (*Se la alarga, dándole un empellon.*)
CIP. A tales ofertas
resistirme ya no puedo.
Venga.
VAL Temblais? Voto á brios!
CIP. No es temblor.
VAL. Pues será miedo.
ROM. (Este es un hombre de cera.)
CIP. Es un profundo respeto,
porque el diablo á lo mejor
las descarga.
ROM. (Majadero!)
VAL. Idos con Dios.
CIP. Sí, me marcho.
CAR. Pero escuchadme ahora atento:
si deshonrais esa espada,
tened presente que os cuelgo.
CIP. No temais. (En yendo á casa
la arrojo al pozo al momento.)
La trataré con decoro.
(Dios me saque de este enredo.) (*vase.*)

ESCENA VII.

Los mismos, menos CIPRIANO.

VAL. Mentira parece que haya

semejantes embelecos
que les apelliden hombres.
Rom. (Ni mugeres de tu género.)
(*Cuando Cipriano va á marchar, se encuentra con una ronda que le detiene.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, Cipriano, *un* Alcalde y Ronda, *dependientes* etc. Valentina, D. Carlos *y* Roman *ocultos tras de la esquina.*

Rom. Una ronda se aproxima.
Val. Desde aqui la observaremos. (*se retiran.*)
Alc. Ni una alma pisa la calle.
Dep. 1.º Quién vá alla?
Cip. Ni voy, ni vengo.
Dep. 1.º Un hombre aqui.
Alc. Detenedle.
Cip. Señores, ya me estoy quieto.
(Hoy voy á pasar las penas
del purgatorio, é infierno.)
Alc. Habeis presenciado vos...
Cip. Si de noche nada veo.
Alc. Digo, si os habeis hallado
en la riña?...
Cip. Dios eterno!
yo reñir, ¡santa Cecilia!
Alc. No me interrumpais.
Cip. Convengo.
Alc. Acaban en esa calle
de herir dos hombres.
Cip. Qué miedo!
Alc. Huyeron los agresores.
Cip. Qué pícaros! Son unos perros.
Alc. Los heridos dicen...
Cip. Qué?
Alc. Que entre los que les hirieron;
se hallaba D. Cárlos Leiva:
le conoceis?
Cip. Ni por pienso.
Alc. Ni habeis visto?..
Cip. Nada, nada,
si yo de noche soy ciego.
Alc. Ni habeis oido?..
Cip. ¡Jesús!
Si me sucede lo mesmo
de noche con los oidos:
de un cañon no oigo el estruendo
á dos pasos.
Alc. Y escuchais
de mis palabras el eco
á seis ó mas? Vos mentis.
Cip. No lo creais, yo no miento;
vuestras palabras las oigo,
señores, y esto es lo cierto,
porque traheis el farol,
y como alumbra... por eso.
Alc. Prendedle, que sus disculpas
son disculpas de un perverso.
Pensais burlaros tel vez
de nosotros? Por san Diego,
que habeis de ir á un calabozo.
Cip. Y por qué?
Alc. Por embustero.
Cip. Tened piedad!
Alc. Registradle.
Dep. 1.º Desnudo tiene el acero:
y ensangrentado.
Cip. Será
la sangre de algun conejo,
porque el dueño es cazador
y los divide por medio.
(como podré salir bien
de tan apurado aprieto.)
Alc. Con que la espada no es vuestra?
Cip. No.
Alc. Pues de quién?
Cip. De su dueño.
Alc. Y quién es?
Cip. Yo no lo sé.
Alc. No mintais tanto.
Cip. No miento.
Alc. Y la llevais?
Cip. Para estorbo.
Alc. Entonces por qué?
Cip. Por miedo.
Alc. Sabeis que nadie os comprende?
Cip. Nada de estraño tiene eso,
si de lo que á mi me pasa
maldito lo que comprendo.
Alc. Qué cifra es esta? Alumbrad.
(*lee en la hoja de la espada.*)
D. Cárlos Leiva! ¡Qué veo!
Con que sois D. Cárlos?
Cip. Yo?
Alc. Ahora conozco el enredo.
Cip. Mirad que las apariencias
engañan mucho.
Alc. Por eso
habeis querido engañarnos
con patrañas y rodeos,
mas nada de esto os valdrá
porque quien sois, ya sabemos.
Cip. Mirad que os equivocais.
Alc. Pues quién sois?
Cip. Oidme atentos.
Me llamo Cipriano Corto,
soy meritorio en Correos;
salí esta noche de casa
haciendo un bárbaro esceso,
pero en verdad he pagado
bien caro mi atrevimiento.
Primero un hombre fornido,
de aspecto imponente y feo,
de una puñada espantosa
me quiso moler los huesos.
Otro me dice, si soy
espia de sus secretos,
y me regala esta espada
como haciéndome un obsequio;
y al hallarme vos con ella
me tomais por pendenciero,
de modo que hoy se conjura
contra mi todo el infierno.
Val. Pobre hombre! me causa lástima...

Deseo que le libremos
de mano de los esbirros.
CAR. Está bien, dejad primero
veremos en lo que para:
dadme esa hoja de Toledo. (*á Roman.*)
VAL. Quien dá lo que le hace falta
es un calabera.
CAR. Es cierto.
ALC. Vendreis con nosotros.
CIP. Dónde?
ALC. A la carcel.
CIP. Dios eterno!
Mirad bien lo que intentais.
ALC. Demasiado lo sabemos.
CIP. Quereis hacer perecer
á un meritorio en Correos?
(*Marcelino abre el balcon.*)
MARC. Qué voz! Es de mi sobrino.
ALC. Vamos, no gastemos tiempo:
á la carcel.
CIP. ¡Por piedad!
Soy inocente.
MARC. Qué es eso?
Voy á informarme yo mismo.
ALC. No busqueis vanos pretestos;
esta es el arma homicida;
vos sois D. Cárlos.
CIP. No es cierto,
que yo me llamo Cipriano
Corto y Medrana. ¡Qué veo!
(*viendo á su tio que sale á la calle.*)

ESCENA IX.

Los mismos, MARCELINO.

MARC. Cipriano.
CIP. Esta gente impía
atenta el reposo mio.
ALC. Quién es ese hombre?
CIP. Mi tio.
El marido de mi tia.
El es quien podrá decir
de todo el mundo á la faz,
que soy un hombre de paz.
MARC. Es incapaz de reñir.
¡Oh! sus principios son fijos;
su padre fué hombre de fé;
y es muy cierto aquello de
tales padres, tales hijos.
DEP. 1.º (Este por fuerza será
cómplice suyo.)
ALC. (Tal vez.)
MARC. Yo espero que el señor juez
en libertad le pondrá.
ALC. Vos tendreis mucha razon,
mas hasta ahora, en un todo
pienso de diverso modo
que vos.
MARC. Es rara aprension.
ALC. La carcel tiene dispuesta.
MARC Y por qué?
ALC. Por pendenciero.
MARC. No debe de ir.
ALC. Yo lo quiero.
MARC. A tal ley, ya no hay respuesta.
Mirad que no es delincuente.
ALC. Tambien le acompañareis,
y en la carcel probareis
que el jóven es inocente.
MARC. Yo á la carcel?
ALC. No os asombre.
CIP. Cometeis un gran deslíz:
pues yo soy un infeliz
y mi tio es un pobre hombre.
MARC. Por meterme á redentor
voy á pagar, ay de mi!
ALC. Las pruebas que encuentro aqui,
señalan al agresor:
y á este segun lo que escucho,
vos le defendeis?
MARC. Sí, yo...
ALC. Siempre un cómplice...
MARC. Eso, no.
Cuidado que esto ya es mucho...
CIP. (Alcalde de Satanás!)
ALC. Pero vendreis...
MARC Qué capricho!
¡Oh! bien cierto es aquel dicho,
quien mas pone, pierde mas.
Pero sepamos cual es
de mi sobrino el delito,
porque él no puede...
CIP. (Estoy frito.)
ALC. Ya se lo dirán despues.
MARC. Eso es injusto.
ALC. O callais,
ó atropellando por todo,
os ato codo con codo
y ante nosotros marchais.
CIP. Pobrecitos de mis brazos!
ALC. Qué decis?
CIP. Que aquese enlace
maldito si á mi me place,
aunque sean dulces los lazos.
(*Salen don Cárlos, Valentina y Roman estos dos muy rebozados.*)
CAR. Teneos: no hagais alarde
de valor con esa gente,
por ser tímida.
CIP. Es corriente.
CAR. Porque esa accion es cobarde.
CIP. Ese es quien me dió la espada.
ALC. Prendedlo.
CAR. No es fácil eso.
(*sacando la espada: Valentina dispone la suya.*)
Sois cobardes en esceso,
y esta hoja está bien templada.
CIP. (Temblando por mi estoy ya.)
CAR. Podeis al punto dejarlos
que si buscais á don Cárlos
en vuestra presencia está.
ALC. Mi gente, á ellos.
(*Los de la ronda se van á echar encima de don Cárlos, y este y Valentina acometiendolos les hacen retirar.*)

CAR. Venid:
qué es esto? Quién lo creyera
que ahora tan cobarde fuera
una ronda de Madrid?
CIP. Con nosotros fué valiente.
MARC. Si tardan mas en venir...
ALC. No creais os habeis de ir
porque traiga poca gente.
Iré por un escuadron
de buena caballeria,
dos piezas de artillería,
y ademas un batallon
entero de infantería.

ESCENA X.

Los mismos, menos la ronda.

CIP. Idos benditos de Dios.
MARC. Mas vale á tiempo llegar
que un año entero rondar.
CIP. Por librarnos á los dos.
Si vienen un poco tarde...
CAR. Siempre lo mismo esa gente,
con el cobarde, valiente,
con el valiente, cobarde.
Ea buen viejo, á dormir,
y tú, marica ambulante,
vete á acostar al instante
y no vuelvas á salir
en cuanto haya anochecido.
CIP. Asi lo haré, yo lo juro:
y podeis estar seguro
de que soy...
CAR. Un encogido.
CIP. No os replico.
MARC. Pues señor,
aqui teneis... (*señalando la casa.*)
CARL. Ea! sobra!
A acostarse. (*Le da un empujon.*)
MARC. Este hombre cobra
à empujones un favor.
(*Se entra y cierra.*)
CIP. Que ustedes lo pasen bien.
(Pues la accion ha sido bella!
Si me empuja à mí, me estrella.)
CAR. A acostarte tú tambien.
CIP. Doblo á galope la esquina.
(*Vase corriendo.*)

ESCENA XI.

VALENTINA, D. CARLOS, ROMAN.

VAL. Sabeis quién ese hombre era?
CAR. Yo no sé; un viejo cualquiera.
VAL. El tutor de Valentina.
CAR. De veras?
VAL. La cosa es llana.
CAR. Ahora siento...
VAL. Mal haceis,
pues conocerle podeis,
sin ir mas lejos, mañana:
con que... descansar.
CAR. Iré
á acompañaros.
VAL. No admito..
CAR. No importa.
VAL. No lo permito.
CAR. Entonces os dejaré.
VAL. (Es galante, osado y fino.)
CAR. A las cuatro.
VAL. A esa hora voy.
(*Se dan la mano, y se va don Cárlos.*)

ESCENA XII.

VALENTINA, ROMAN.

VAL. Lo has visto, Roman? Ya estoy
á la mitad del camino.
ROM. Me parece que hasta el fin
no es mucho el trecho que resta.
VAL. La trama está bien dispuesta;
nosotros por el jardin.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Decoracion del primer acto.

ESCENA I.

ROMAN, *luego* VALENTINA.

ROM. Sin riesgo podeis salir.
VAL. Y el tutor?
ROM. Entretenido
con cuentas de los colonos
está el buen hombre.
VAL. Repito
que en tu destreza y tu celo
las resultas del plan fio.
ROM. Pruebas he dado...
VAL. Lo sé,
y à compensarlas me obligo.
ROM. No es el interés, señora,
el que me obliga á serviros;
por lo tanto me ofendeis
si juzgais....
VAL. Está tranquilo:
si recompensa te doy...
será en calidad de amigo,
y no cual pagarse suelen
á un cualquiera los servicios.
ROM. Gracias.
VAL. De aqui no te apartes.
ROM. No abandonaré este sitio.
VAL. Desde este balcon observas
cuando vengamos.
ROM. Es fijo.
VAL. Y si se encuentra aqui alguno...

ROM. A otro lado le encamino.
VAL. No olvidarás tus recursos...
ROM. Descuidad, no los olvido.
VAL. Si en la primera entrevista
anoche le hice mi amigo,
fácil es que en la segunda
le haga un amante rendido.
ROM. Entonces á la tercera
será....
VAL. Quién sabe?
ROM. Adivino:
de amigo á amante, hay un paso,
otro hay de amante á marido,
con que fácil es ...
VAL. Veremos:
no es ya tan largo el camino.
Hasta despues.
ROM. Id con Dios. (*vase.*)

ESCENA II.

ROMAN.

No enreda mal el ovillo:
no he visto muger como ella
en la tierra que he corrido:
que travesura en acciones,
que originales caprichos,
que decision en obrar
despues de un plan concebido;
y ademas, es para todo:
si á caza va, el primer tiro
que se dispara á una fiera
es el suyo; si va herido
el animal y no cae,
repite con igual tino
su disparo, previniendo
de monte su gran cuchillo.
Si ocurre una cabalgata,
su potro está prevenido,
y monta con tanto garbo,
con tal donosura y brio,
que lleva por donde pasa
tras sí los ojos cautivos.
Si de armas blancas hay juego,
su acero al punto está listo,
y no ha ocurrido una vez
tan sola quedar vencido.
Si va á algun baile, enloquece,
si á una tertulia, lo mismo;
y entonces su compostura
y su lenguage espresivo,
su hermosura, sus modales,
seducen por tal estilo,
que es siempre la admiracion
del que una vez la hubo visto.
Asi andan tantos golosos
tras su talle; y el diablillo
de la niña, los despacha
con un primor esquisito.
Ella dice, si me caso
será solo á mi capricho,
y no siguiendo la regla
que el mundo ya ha establecido;
y segun las trazas lleva,
prónto queda concluido.

ESCENA III.

ROMAN, MARCELINO.

MARC. Aqui estás tú, buena alhaja?
ROM. Creo que si.
MARC. Do estuviste
anoche, que no acudiste
cuando te llamé?
ROM. De baja.
A las nueve me acosté,
y tenia tanto sueño,
que al punto sin grande empeño
como un tronco me quedé.
Asi que yo....
MARC. De esa suerte
ya podia yo vocear:
bien hecho: asi has de alcanzar
para tal vida, tal muerte.
ROM. Pues qué ocurrió?
MARC. Si no asoman
tan pronto dos caballeros,
probando con sus aceros
que en donde las dan, las toman;
á la carcel derechito....
ROM. Pues qué crímenes habia?...
MARC. Se necesita en el dia
para que prendan, delito?
Tienen por estrafalarias
ciertas cosas, de manera
que hoy trasportan á cualquiera
sin saber por qué, à Canarias.
ROM. Fuera caso de contar
si os echan el guante anoche
y os llevan dentro de un coche
á tomar baños de mar.
MARC. Y acaso con aprension
que lo hicieran, te parece?
Pues nada, aqui se obedece
á la ley...(*amenazando.*) de la razon.
ROM. Es decir, que aqui el que atiza....
MARC. Es el que llega á mandar,
por no dejar de imitar
á los tiempos de Witiza.
Y no habrá nadie que trunque
aquel refran que sabrás;
cuando seas mazo, darás,
sufrirás cuando seas yunque.
ROM. En ejemplos y ademanes
siempre razones encuentra.
MARC. Si la letra con sangre entra,
las razones con refranes.
ROM. (Si por fin acabará?)
Y el lance, de qué provino?
MARC. Aqui llega mi sobrino,
él mismo lo contará.

ESCENA IV.

Los mismos, CIPRIANO.

MARC. Ven á mis brazos.
CIP. Ay! tio.
Aun tengo susto.
MARC. Lo creo.
CIP. Gracias á Dios que me veo
desenvuelto de aquel lio.
¡Ay Roman, si hubieras visto!
ROM. Qué?
CIP. Tengo un temblor interno.
ROM. Pero qué ha sido?
CIP. El infierno,
y por gefe el Antecristo.
Primero vi endriagos, fieras,
con ademan indigesto,
unos arrugando el gesto,
otros rezando... y de veras.
Luego hallé gente obsequiosa,
me dan un arma, no acepto;
»tómela usted, hombre inepto,
»venga; mande usté otra cosa.
La agarro, las gracias diles,
y cuando marchar me toca,
me hallo de manos á boca
la ronda y los alguaciles.
Me detienen, me preguntan,
me registran, me acometen,
me apuran, me comprometen,
me aprietan, me descoyuntan,
me descuajan.
ROM. ¡Que belén!
CIP. Y á la carcel á Medrana
quieren llevar, ¡suerte insana!
y á mi buen tio tambien.
ROM. Eso tal vez provendria
de quereros proteger,
porque pudieseis tener
una buena compañia.
MARC. Si eso te parece grato,
buscarás quien te lo alabe,
que aqui cada cojo sabe
donde le aprieta el zapato.
Por compañia! primero
quisiera ser catecúmeno,
que no entre tanto energúmeno
caminar como un cordero.
Por fin, de sus garras ruines
fuimos arrancados.
ROM. Bien.
CIP. En ocasion....
ROM. Y por quién?
CIP. Por unos espadachines,
que con ligereza suma
manejaban el acero:
no muevo yo tan ligero
en mi oficina la pluma.
Pero, ¡ay! mi pecho se agovia
tales lances al nombrar.
MARC. Bien les puedes olvidar
que á hablar vamos de tu novia.
CIP. Pues sabed que estoy contento
con las nuevas que me han dado.
MARC. Qué ha sido?
CIP. Se ha enamorado
de mi garbo y mi talento.
MARC. ¡Oh! se cumplen mis deseos!
y eso justo me parece.
CIP. Pues sabeis cuanto merece
un meritorio en Correos?
Mi buen gènio es proverbial,
y ademas, esta figura
parece una miniatura,
con que no elige tan mal.
Seguro estaba, y es claro
que Valentina al instante
prefiriera...
ROM. (A un elefante
antes que á un ente tan raro.)
MARC. Qué dices, Roman?
ROM. Decia
que Valentina está loca
de amor, y á Medrana toca
repetirla...
MARC. Qué alegría!
(Ya mi ambicion no se aplaca.)
CIP. Siendo asunto ya arreglado,
creo...
MARC. El pobre porfiado
es el que mendrugo saca.
CIP. El repetirlo es en vano
estando de mí prendada:
puede estar bien confiada
que no la olvida Cipriano.
Ademas, que yo no puedo
decirla, pues ya sabeis...
ROM. Que ante ella siempre teneis...
CIP Una especie...
ROM. Sí, de miedo.
CIP. Suelo ser un poco corto
cuando hay asi un compromiso.
MARC. No hay remedio, hoy es preciso.
CIP. Bien, vereis cómo me porto.
ROM. (*mirando por el balcon.*) (Ya vienen.)
CIP. La diré... en fin...
yo... sí... pues...
ROM. Ay! Olvidaba
deciros que os esperaba
esta tarde en el jardin.
MARC. Quién?
ROM. Valentina.
CIP. Y es cierto?
¡Ay qué temblor!
MARC. Y de qué?
CIP. Si yo mismo no lo sé;
parece estoy medio muerto.
ROM. Cobrad vuestra audácia toda,
y echad al punto á correr,
que yo creo que ha de ser
para disponer la boda.
MARC. Será verdad?
ROM. Vaya, id,
que las cinco han dado ya,
y esperàndoos estará.

Cip. Pero...
Rom. Qué pero... Salid (*los empuja.*)
Cip. Qué amable me has parecido!
Marc. Y si no está?
Rom. La aguardais.
Marc. Y no olvides que alli estais
presididos por cupido.
Haz porque no se retarde;
mira que ocasion perdida
no se recobra en seguida.
Rom. Id, que se pasa la tarde.
(*Los empuja fuera.*)

ESCENA V.

Roman.

Gracias á Dios que se fueron
sin verles; mas aqui llegan:
ea, disponte, Roman,
á enmarañar la madeja,
que no ha de faltar quien halle
del devanado la cuenda.

ESCENA VI.

Valentina, D. Carlos, Roman.

Val. Roman?
Rom. Señor.
Val. Dí á mi prima
que en este instante la espera,
con su primo D. Fernando,
el señor D. Cárlos Leiva.
(*Se entra Roman.*)
Veremos si sois tambien
de los que dicen se encuentra
entre ella y yo semejanza.
El color de mis melenas,
segun dicen, constituye
la mas grande diferencia.
Rom. Os suplica dispenseis
si tarda un poco, que empieza
en este instante á vestirse.
Car. Oh! puede hacerlo, no hay priesa...
Val. Sentémonos, y entretanto
contadme alguna historieta.
Car. Y de qué?
Val. De qué? De amores,
que los tendreis por docenas;
pero hablais con un amigo,
y es preciso haya franqueza.
Car. La historia de mis amores
poco en verdad interesa;
mas os diré en dos palabras
que he sido siempre un veleta:
que he dividido el cariño
lo menos entre cincuenta:
que he sido en lances de amor...
Val. El Adónis de las bellas.
Car. La suerte me ha puesto cara,
y yo soy hombre de cera
para rendirme cautivo
de amor en cualquier contienda.
Cerco la plaza, preparo
mis fuerzas á la pelea;
observo el flanco, le apuro;
si veo que hay resistencia,
redoblo la vigilancia,
saco fuerzas de flaqueza,
y por el lado mas débil
doy mi asalto en toda regla;
yo observo siempre el principio
que me enseñaron en guerra:
plaza sitiada...
Val. Ya entiendo,
rendida; y luego?
Car. A otra nueva.
Los militares, amigo,
muy rara vez se contentan
con el triunfo pasajero
de una batalla completa:
siempre quieren otro, y otro,
y otro y otro.
Val. (Echa, echa.)
Es decir, que vuestro amor
jamás ha sido de veras,
porque quien con alma y vida
su amor á una dama entrega,
no puede al punto variarlo
porque otras mugeres vea.
Car. Sin querer me confesais
que estais ciego...
Val. De paciencia.
D. Cárlos, me he enamorado
de una jóven hechicera,
y antes perdiera la vida
que faltar voluble á ella.
Car. Amigo, en vuestros amores
sois un héroe de novela:
D. Fernando, yo procedo
como un hombre de esperiencia,
y si soy falso en amor,
son aun mas falsas ellas;
porque cuando aman, discurren,
y en su amor tienen cautela.
Si acaso os juran constancia,
no hay duda que ellas la observan,
pero es bajo condicion.
Val. Y esa condicion?...
Car. Secreta.
Aprecian conforme vale
el inocente que pescan;
y si otro aspirante nuevo
á sus plantas se presenta,
valiendo menos que el otro
con orgullo le desprecian:
si en el cambio ganan, luego
al anterior le relevan,
viniendo siempre á quedar
con ganancia en esta vuelta.
D. Fernando, aun sois muy jóven.
Val. Los prácticos tambien yerran,
y equivocaciones grandes
el mejor plan desconciertan.
Car. Sois malicioso.

VAL. Aprensiones.
(*Una voz de muger dentro.*) Fernando?...
CAR. Os llaman.
VAL. Es ella.
Dispensadme.
CAR. No hay por qué.

ESCENA VII.

CARLOS.

Veremos su gentileza:
la he escuchado ponderar
por lo menos á cincuenta,
y en verdad que la conceden
una hermosura completa.

ESCENA VIII.

D. CARLOS, ROMAN.

ROM. Señor D. Cárlos?
CAR. Quién es?
ROM. Os vengo á buscar corriendo.
CAR. Qué es lo que ocurre?
ROM. Escuchadme.
En este mismo momento
acabo de ver entrar
en el jardin con secreto
á D. Fernando, y no sé
qué podrá ser.
CAR. Ya comprendo:
algun antojo será
de la primita; el deseo
de que la presente un ramo
de flores que corte él mesmo...
ROM. Creo que no, pues bajaba
con muchísimo misterio;
aunque no es díficil sea
por órden suya, que es cierto
que entre los dos hay...
CAR. Se quieren?
ROM. Lo que es D. Fernando, creo
que está muy enamorado:
pero ella, quiá! ni por pienso!
CAR. De verás?
ROM. Y tan de veras:
cincuenta van por lo menos
despachados, y hubo muchos
ricos, galanes, apuestos.
CAR. Y ella?
ROM. Los desprecia á todos
con poquísimos rodeos.
CAR. Querrá ser monja?
ROM. *Nequaquan.*
CAR. Entonces...
ROM. Ese es el *ergo.*
Dice que obtendrá su amor
el que cautive su pecho.
CAR. Orgullosa es por demas!
ROM. Pero franca con estremo.
CAR. (Original es la niña,
y me hace entrar en deseos.)
ROM. (El militar de esta hecha
traga muy pronto el anzuelo.)
Si quereis, mientras se viste
al jardin nos llegaremos,
y á D. Fernando....
CAR. Me place;
entretendremos el tiempo.

ESCENA IX.

ALDEGUNDIS.

Creí que un desconocido
estaba hablando aqui adentro:
mas no hay nadie, y Valentina
se estará acaso vistiendo.

ESCENA X.

ALDEGUNDIS, MARCELINO.

ALD. A dónde andas, Marcelino?
MARC. Dónde he de andar? Falta poco...
ALD. Para que te vuelvas loco
lo mismo que tu sobrino.
Ese chico...
MARC. Es una malva,
de buen génio y condicion:
ademas que á la ocasion
dicen que la pintan calva.
Pronto será mi sobrina;
has de saber que por fin
nos ha citado al jardin.
ALD. Pero quién?
MARC. Quién? Valentina.
Aldegundis, hemos ido
á la hora que señaló.
ALD. Y al cabo, qué resolvió?
MARC. Nada, porque no ha asistido.
ALD. No ves que se está burlando?
MARC. No me hagas exasperar;
cómo ella se ha de burlar
si el chico la está esperando?
Y aunque diria un cualquiera
al ver que retrasa la hora,
aun en citas de señora
el que espera desespera;
no será asi con Cipriano.
Aldegundis, te repito
que estará como un bendito
esperándola, eso es llano.
ALD. Se mofará de los dos,
porque sois unos...
MARC. Canario!
Vete rezando el rosario
si has de complacer á Dios;
y no me hagas irritar
cual si fuera alegre mozo,
que tanto va el jarro al pozo,
que al fin se suele quebrar.
ALD. Pero ven acá; no miras
los desprecios altaneros
que á elegantes caballeros
ha hecho?

MARC. Muger, deliras.
Valentina si se casa
no lo hará por gran partido,
sino por hallar marido
que á su gusto mande en casa.
No quiere un hombre que pueda
con mucho afan y desvelos,
cortarla un poco los vuelos
y hacerla entrar en vereda.
Y bien ves que á Ciprianito
si le dice, sientaté,
no hay miedo se ponga en pié
sin licencia el pobrecito.
Oh! bien pronto conoció
su flaco.
ALD. Que no es pequeño.
MARC. Pues con todo, ha de ser dueño...
ALD. De ella?
MARC. Sí, lo digo yo.
No tienes mas que inferir
que quien dá citas de amor...
y no hay palabra mejor
que la que está por decir.

ESCENA XI.

Los mismos, CIPRIANO.

CIP. Tio, tio, qué contento
vengo.
MARC. Lo veis, señora?
Creo que podreis ahora
reconocer mi talento.
ALD. Pero qué ha pasado?
MARC. Sí,
cuenta, cuéntanoslo todo;
cómo bajó, de qué modo
te habló al presentarse á tí.
Aseguro á que en su vida
se ha puesto mas colorada.
CIP. No señor.
MARC. No importa nada:
es decir... descolorida.
CIP. No señor.
ALD. Hay tal porfia?
déjale, ya lo sabremos.
MARC. Bajó, cual decir solemos,
entre mercé y señoría?
CIP. No señor.
MARC. Qué criatura!
Segun me vas rechazando...
Dí, se presentó bailando
sin color y sin figura?
CIP. No señor.
ALD. Quieres dejarle?
MARC. Cómo tú esplicas ó hallas...
ALD. Marcelino, si no callas,
lograrás atolondrarle.
CIP. Yo contaré...
MARC. Pero pronto,
que quien anda con rodeos,
no consigue sus deseos
y se acredita de tonto.
Yo iria de uno á otro polo...
CIP. Como bajamos los dos,
cuando os retirásteis vos.....
MARC. Qué pasó?
CIP. Que quedé solo.
MARC. Pues es verdad.
CIP. Sí señor;
y en aquel crítico instante
conocí que era el amante
y me acometió un temblor.
Ya vé usted si es de temer
hallarse en este confin
á solas en un jardin
un hombre y una muger.
Un lance asi es apurado:
à el mas majo pasaria
que, cual yo estuve, estaria
todo temblon y asustado.
Por fin, dije, mi destino
lo quiere; pues yo tambien:
y en suma salí muy bien.
MARC. Pues qué pasó?
CIP. Que no vino.
MARC. Pero hombre!
CIP. Yo me animé,
y enérgica, rencorosa,
horrible, fiera, espantosa,
una decision tomé.
ALD. Y cuàl?
VAL. Mentira lo creo:
como no la ví llegar,
dije, las has de pagar,
eché á correr, y *laus deo*.
MARC. Pobre chico!
CIP. En lance tal,
y ocasion tan apurada,
fué una medida acertada
para aquel verengenal.
ALD. Y el faltar alli tu bella,
te pudo poner contento?
CIP. Para mí el mayor tormento
era estar solo con ella.
Pero ya del susto estoy
mas tranquilo, mas á gusto.
ALD. Capaz de otro nuevo susto?
CIP. Por evitarle me voy:
que dos golpes en un dia
de tan gigante calibre,
tio, tio, Dios me libre;
tal vez de ellos moriria.
MARC. No seas, hombre, tan pacato:
Ya no tardará en salir.
CIP. Por eso me debo de ir.
Con que abur, hasta otro rato.

(Vá á salir por la puerta del fondo, y se encuentra á D. Cárlos; retrocede asustado, y al volver, se halla con Valentina, que sale por la puerta lateral derecha. Esto depende de los actores.)

ESCENA XII.

Marcelino, Aldegundis, Cipriano, D. Carlos, Valentina.

Cip. Jesus!
Marc. Qué te pasa ahora?
Cip. (*al volverse.*) Qué veo! El demonio lo hace!
Val. Parece que no os complace
encontrarme aquí.
Cip. Señora...
Yo... sí... ya sabeis...
Val. Sí.
Cip. Pues.
Marc. Estaba esperando á hablaros.
Val. Ahora podeis retiraros;
que se presente despues.
Car. (Semejanza mas igual!
Facciones, voz, estatura;
y es elegante figura!)
Val. (Mucho mira, no vá mal.)
Dejadnos.
Cip. Volveré, sí.
Val. Prontito, porque yo siento...
Cip. En cuanto yo tome aliento,
estoy otra vez aqui.

ESCENA XIII.

Valentina, D. Carlos.

Val. (Ea, no hay que vacilar,
y triunfaré.) Caballero,
que me dispenseis espero
de haberos hecho aguardar.
Car. Señora, cuando ha volado
la fama de la hermosura,
y el verla se ha ambicionado,
es dicha haber esperado
si se logra tal ventura.
Val. Sé que en galantes querellas
nunca encontrasteis rival;
que lisonjeais á las bellas....
Car. Pero no á la que es entre ellas
su luminoso fanal.
(Esta muger qué me ha hecho?
Cómo se abrasa mi pecho
con desconocido ardor?)
Val. (Mi orgullo está satisfecho.)
Car. (O estoy loco, ó es amor.)
Por eso aqui el alma mia
no usa de galanteria,
que al astro que brilla mas,
fuera una frase muy fria
decir la que á los demas.
Val. Bien conozco que la palma
de galanteador os toca.
Car. Cuando se pierde la calma,
cuando se enagena el alma,
qué puede espresar la boca?
Si de una fuerte emocion
se posee el corazon;
si del fuego que le abate
se agita, se quema y late,
cuál puede ser su espresion?
Si recela que su ruego
llegue á producir enojos;
si teme quedarse ciego
con el devorante fuego
de la lumbre de unos ojos:
si por desdicha fatal,
para que acrezca su mal,
observa que su ternura
se la interpretan muy mal,
y ve auyentar su ventura;
entonces, decid, señora,
conocereis al galan
que por costumbre enamora,
ó al hombre que ciego adora
con inesplicable afan?
Val. Si algo valen mis consejos,
un hombre que adora asi,
se debe observar de lejos,
porque de amor sus reflejos
quemáran estando aqui.
Car. Señora, cuál os burlais
de una pasion verdadera!
Val. D. Cárlos, os engañais
si ahora mismo interpretais
que esa frase no es sincera.
Me encuentro ya prevenida
por mi primito...
Car. De qué?
Val. De que toda vuestra vida,
vida fué muy divertida
en mentir amor y fé.
Y por la misma razon
no os esforceis en fingir;
porque á tanta agitacion
os puede faltar pasion
cuando la querais mentir.
Car. Señora, no niego, no,
que en continuo frenesí
mi lábio amores mintió;
mas no me culpeis á mí
de lo que no sentí yo.
Yo soñé con un amor
puro, ardiente, singular,
pero padecí un error;
que halago tan seductor
solo era cierto al soñar.
Y si yo amores mentía
por do quiera que pasaba,
solo era porque veía
que pronto su amor vendia
la que amor antes juraba.
Falso llamé sin temores
de la muger el acento,
y lo comparé á las flores
que pierden vida y colores
al leve impulso del viento.
Pero fué quimera vana
cuyo temor no me agita,
cuando al nacer la mañana,
veo mas pura y lozana
la flor que juzgué marchita.

Y esa flor será la estrella
do deponga mi arrogancia,
y en mi doliente querella
curará mis penas ella
con su aromosa fragancia.
VAL. Amigo, en esta ocasion
no os he podido entender,
porque, prestando atencion,
confundí vuestra pasion
con la flor y la muger.
Hay diversos pareceres
en el dictado de nombres
que nos dan; mas somos séres
menos falsos que los hombres.
CAR. Para falsas, las mugeres.
VAL. O estais, D. Cárlos, injusto,
ó andais muy equivocado.
CAR. En mi opinion soy muy justo;
mas si os produje disgusto,
retiraré ese dictado.
VAL. No tal, D. Cárlos, no tal:
el juicio es independiente
en el humano mortal;
y juzgue bien, juzgue mal,
debe hablar como lo siente.
Por eso intento tambien
contrarestar la contienda,
porque no habiendo aqui, quien
à las mugeres defienda,
harélo yo, mal, ó bien.
Los hombres, si enamorais,
sois rendidos, sois galantes,
á las damas lisonjeais,
su vanidad adulais
al declararos amantes.
Si entre dos mugeres se halla
un hombre, no es fácil pierda
de amor la linda batalla,
porque sin dique ni balla
miente á derecha é izquierda.
A una la dice: «mi encanto,
tú eres la prenda que adoro
con un amor puro, santo;»
y á la otra: «eres el tesoro
por quien yo suspiro tanto.»
A una, «me muero por tí;
eres serafin del cielo;»
á la otra, «desque te ví
te llamó el alma la hourí
y el encanto de este suelo.»
Y si ocasion se presenta,
fingiendo el alma de niño,
buscará lides sin cuenta,
y ofrecerá su cariño
en dos horas á cincuenta.
Ahora, D. Cárlos, fallad,
sin que mi juicio os asombre,
y habladme con claridad:
existe la falsedad
en la muger ó en el hombre?
Qué me contestais ahora?
CAR. Que es idea exagerada
la que formulais, señora,
pues la muger enamora
sin estar enamorada.
Cuando oye amorosa queja
fingir suele amor sin tasa,
y en cuanto el doncel se aleja;
á otro lo finje á otra reja
de las que tiene en su casa.
Si arrebatan corazones,
sus ojos, su tez, su talle,
de amor mide las ficciones
por las rejas y balcones
que van á dar á la calle.
Y con este proceder,
que revela la verdad,
qué me vais á responder?
Existe la falsedad
en el hombre ó la muger?
VAL. En el hombre, á no dudar.
El que arrogante, altanero
debe la senda trazar,
él es siempre el que primero
á su fé llega à faltar.
¡Oh! no hay duda que es muy bueno
hacer lo que le convenga
con rostro altivo, sereno,
sin dique que le contenga,
sin ley que le ponga freno.
El hombre no encuentra trava,
todo lo que él hace, es justo,
y con arrogancia brava
llama á la muger esclava
de su capricho y su gusto.
No le haga oposicion
aunque en su senda se tuerza,
que es humana condicion,
que tenga siempre razon
aquel que tiene la fuerza.
Ahora D. Cárlos, juzgad,
sin que mi juicio os asombre
y habladme con claridad:
¿existe la falsedad
en la muger ó en el hombre?
CAR. Con estas aclaraciones,
lo que podremos pensar
es, que do quiera hay ficciones,
mas no se puede negar,
que hay tambien sus escepciones.
VAL. Entonces lo mas penoso
está en saber elegir.
CAR. Ese es el paso espinoso,
y del cual pende el reposo
la dicha y el porvenir.
VAL. Mas para que otros aprendan
y vuestra eleccion defiendan,
ved bien lo que haceis, D. Cárlos,
que hay yerros que no se enmiendan,
cuando se quiere enmendarlos.
CAR. Está ya mi pensamiento
ocupado en cierto ser.
VAL. De veras? Tiene talento?
CAR. Sin lisonja es un portento.
VAL. Ved que es falsa la muger.
Y es hermosa?

CAR. Sin igual.
VAL. Amable?
CAR. Sin presuncion.
VAL. Os querrá mucho?
CARL. No tal.
VAL. Os declarasteis?
CAR. Muy mal,
aunque con buena intencion.
VAL. Es jóven?
CAR. Su edad temprana,
embellece sus primores:
y es tan pura, tan lozana,
que entre la nieve y la grana
se comparten sus colores.
»Mas si os enfada el relato
»mal hecho de su finura,
»y el verla os fuere mas grato;
»dareis fé de su hermosura
»contemplando su retrato.
VAL. Salga pues ese gracejo
que entre las sombras se esconde
CAR. Pero ciega su reflejo.
VAL. Veamos.
CAR. Mirad.
VAL. En dónde?
CAR. En dónde?....
VAL. Sí.
CAR. En este espejo.
(*La toma de la mano y la lleva enfrente del espejo.*)
VAL. Cómo! D. Cárlos, me admiro.....
CAR. Pues no os debeis admirar:
vos sois por quien yo suspiro,
vuestra mano á la que aspiro
para poderla adorar.
Esto es sencillo á mi ver.
VAL. Amor y tan repentino?
no lo puedo comprender.
CAR. Es del amor el destino,
hacerse pronto entender.
Y está, señora, probado,
que una mirada, un encuentro,
suele dejar abrasado,
el corazon mas helado,
y sacarle de su centro.
VAL. Quién en loca bienandanza
con orgullo y altivez
mintió amor sin esperanza,
podrá infundir confianza
cuando le finja otra vez?
No será fácil, D. Cárlos.
CAR. No aseguro tanto yo.
Los deslices al notarlos,
puede muy bien enmendarlos
quien antes los cometió.
Las ramas que arrastra el viento
en su curso violento,
las rompe, apenas las toca,
y al llegar junto á una roca
muge y besa su cimiento.
Yo que he corrido al través
de tanta y tanta locura,
quiero obrar hoy al revés,
ofreciendo á vuestros piés
un amor sin impostura.
Y si llego á profanar
cuanto acabo de ofrecer,
pido me llegue á faltar,
hasta la luz para ver
y ambiente que respirar.
VAL. Quien asi se espresa...
CAR. Adora,
y teme encontrar rigor.
VAL. Si está demente?...
CAR. Enamora.
VAL. Y si en su juicio?...
CAR. Atesora
amor y no mas que amor.
De enamorado, delira.
VAL. Quién delira?....
CAR. Mucho siente:
por eso tierno suspira
y en sus delirios aspira....
VAL. A que le amen?
CAR. Justamente.
VAL. Entonces....
CAR. Cese el arcano.
VAL. Constancia?
CAR. Puedo jurarla.
VAL. Y mi recelo?
CAR. Es en vano.
VAL. Siendo asi....
CAR. Pido esa mano...
VAL. Para qué?....
CAR. Para besarla.
(*la toma la mano y la besa.*)

ESCENA XIV.

Los mismos, ROMAN (*corriendo.*)

ROM. Señorita.
VAL. Quién te llama?
ROM. (Vine á interrumpir la escena.)
VAL. Qué ocurre?
ROM. Que un hombre busca
á D. Cárlos con urgencia.
CAR. Quien es?
ROM. No ha dado su nombre.
CAR. Qué te ha dicho?
ROM. Que os espera,
y ya está desesperado
de aguardar tanto á la puerta.
Solo le pude escuchar
»el tiempo muy veloz vuela.
»Y he jurado en esta noche
«dejar cumplida mi oferta.
CAR. Voy al punto.
ROM. (*marchándose.*) Bien está.
VAL. Qué sospechais de esta nueva?
CAR. Que el cielo de mi enemigo,
por mis culpas me condena
á separarme de vos,
para que de esta manera
pueda mejor apreciar
el valor de tan gran prenda.

VAL. Lisongero!
CAR. Yo no hablo:
es el alma quien lo espresa,
y aunque ahora me ausento, llevo
vuestra imagen por emblema.
VAL. Qué decis para mi primo?
CAR. Contadle aquesta ocurrencia,
diciéndole que he sentido
no saludarle á su vuelta;
pero entre el primo y la prima
dad la preferencia á ella.
VAL. Señor D. Cárlos, será
segun mejor me convenga,
pues quien prefiere á mi primo,
me da á mi la preferencia;
y cuando á mi me anteponen,
suya es la eleccion primera:
que entre los dos rara vez
se suele encontrar quimeras,
porque al nivel nos hallamos
en gustos.
CAR. Eso me pesa.
VAL. Sois celoso.
CAR. Que quereis?
Las primeras parentelas
me agradan tan poco á mi....
VAL. Que olvidais que os esperan.
CAR. Teneis razon, me retiro,
y os dejo mi alma en prendas.
VAL. Si en vuestro amor no hay ficcion,
contad tambien...
CAR. Con la vuestra?
VAL. Ciertamente.
CAR. Soy feliz.
Voy bendiciendo mi estrella.

ESCENA XV.

VALENTINA.

Resuelta fuí: con valor
me he aprestado á la contienda,
y ó miente mucho D. Cárlos,
ó mi victoria es completa.
Si acaso alguna encogida
mi resolucion supiera,
de locura tacharia
y de atrevida esta escena.
Pero, ¡ay! que mi pensamiento
no reconoce barreras,
porque muy libre en su curso
con ímpetu ardiente vuela.
Corazon, sin desmayar
sigue la trazada senda;
cuanto mas que vencer haya,
mas grande será la empresa. (*vase.*)
(*La escena queda á oscuras y sola algun tiempo.*)

ESCENA XVI.

RUIPEREZ, *que sale por la puerta del fondo de la izquierda, embozado.*

Cansado estoy de esperar.
Y á este le llama la gente
el generoso, el valiente;
y para poderle hallar
y aun desafio dar fin,
es preciso al retador
escalar cual salteador
las paredes de un jardin?
¡Poder de Dios! qué vileza!
mas su evasion será en vano;
si ayer ha herido á mi hermano,
yo abatiré su fiereza.
Que está aqui, es una verdad,
asi dijeron afuera;
pues bien, Ruiperez te espera
aunque sea una eternidad.
Escucho hablar: será él.
(*Asomándose por la cerradura de la puerta segunda de la izquierda.*)
un anciano con un mozo;
calo el sombrero, me embozo,
y me parapeto fiel.
Obraré segun convenga
desde este punto escondido.
(*se retira à la puerta del fondo, desde donde observa sin ser visto.*)

ESCENA XVII.

CIPRIANO, MARCELINO (*con un candelabro que deja encima de la mesa.*

MARC. Hasta aqui, nada hay perdido,
no hay mal que por bien no venga.
CIP. Acaso estará enfadada
por mi determinacion.
RUIP. (*ap.*) Un hombre de corazon
con voz tan afeminada?
MARC. No tal; lo dispensa todo,
y en fin el hombre propone,
y luego es Dios quien dispone
á su manera y su modo.
CIP. Luego, como no estoy diestro
y soy nuevo en este oficio.
MARC. No temas que el egercicio
será quien te haga maestro.
CIP. Si á mi me dan trasudores
cuando una palabra suelto.
MARC. Eso es porque estás envuelto
en la red de sus amores.
CIP. Por mas que yo me prepare
y la quiera, si ella à mi...
MARC. Y eso te acobarda así?
dónde irà el buey que no are?
Ademas tu buena pasta....
CIP. Y sobre todo mi ingénio.
MARC. Con mi apoyo, y con tu genio
me parece que te basta.
Nada, te vuelves mañana
y no te aflijas por eso,
que tanto se añade peso,
que se vuelve la romana.
CIP. Me causa cierto temblor
cuando la estoy asi hablando.
RUIP. (*ap.*) Estoy despierto ó soñando?

Marc. Escríbela, y es mejor,
y puedes hacerla ver
que no será mal partido,
queriendo tú ser marido,
que ella sea tu muger.
Cip. No es malo ese pensamiento.
Marc. Asi nadie te coharta,
y la muestras en la carta
el fruto de tu talento.
La hablas con voces formales
de cupido y sus saetas,
y te vales de esas tretas
que se usan en casos tales.
Cip. No me parece mal modo.
Marc. Sufra, pues, quien penas tiene,
que tiempo tras tiempo viene,
y el tiempo lo arregla todo.
Si estás al cabo en tus trece,
á que la pluma lo trace,
que lo que de noche se hace
á la mañana aparece.
Con que á casita temprano,
no suceda algun percance,
y te halles en otro lance
como el de anoche, Cipriano.
Ruip. (*ap.*) Cobarde, le encontrarás
antes de salir de aqui.
Cip. No debo temer por mí.
Ruip. (*ap.*) Eso pronto lo verás.
Cip. Pues no llevo armas conmigo:
y como yo soy...
Ruip. (*ap.*) Valiente?
Mentira.—Corazon, tente,
y á la venganza dá abrigo.
Marc. No hagas caso de quimeras.
Cip. Por supuesto.
Marc. Bien está.
Ruip. (*ap.*) Eso ya te lo dirá
quien olvidas que te espera.
Marc. Vaya, hasta mañana, á Dios.
Cip. A dios tio, dormid bien.
Marc. Que tú descanses tambien.
Ruip. (*ap.*) Quedamos solos los dos.

ESCENA XVIII.

Cipriano.

La escribo, vengo, y sin mas,
segun me anuncia mi tio,
su dote podrá ser mio,
y su corazon...
(*Va á salir, y se halla con Ruiperez.*)

ESCENA XIX.

Cipriano, Ruiperez.

Ruip. Atrás!
Cip. Jesus! Ay de mí!
Ruip. Temblais?
Cip. No señor... pero... qué haceis?...
Ruip. Quiero reñir; me entendeis?
Cip. Pues á mí me equivocais.
Ruip. Yo sé muy bien con quién hablo.
Yo quiero sangre verter,
aunque tuviera que ser
mi rival el mismo diablo.
Cip. Sin duda vos...
Ruip. Abreviemos
las razones por ahora:
antes que pase una hora
es preciso nos matemos.
Cip. Acaso vos estais loco?
Ruip. Estoy tan solo ofendido.
Cip. Si nunca os he conocido....?
Ruip. Ni yo os conozco tampoco.
Cip. Entonces....
Ruip. Heristeis vos
anoche á un hermano mio,
y hoy quiero que en desafio
sucumba uno de los dos.
Cip. Yo nó me he metido en nada,
ni en el lance me hallé yo.
Ruip. Pues entonces, quién le hirió?
Cip. Quién le hirió? Le hirió mi espada.
Ruip. Villano! qué osais decir?
Os burlais? Sabeis que puedo....
marchemos.
Cip. Quién? Yo? Me quedo,
porque no quiero reñir.
Ruip. Qué escucho? Tanta bajeza
os atreveis á abrigar,
que os dejareis insultar
sin levantar la cabeza?
Caballero, os conocí;
no en valde os hais ocultado.
Cip. Pero si á nadie he insultado,
por qué me insultais á mí?
Todos encuentran razon
para ultrajarme á porfia,
echándome cada dia
las plagas de Faraon.
Ruip. Que puedo yo, no advertis,
vuestros laureles mancharlos,
publicando que D. Cárlos
es un cobarde?...

ESCENA XX.

Los mismos, Valentina (*en trage de hom bre y embozada.*)

Val. (*saliendo.*) Mentís.
D. Cárlos Leiva soy yo;
si no le habeis conocido,
sabed que nunca ha temido
ni los peligros huyó.
Cip.. (La tempestad aqui estalla.)
Ruip. Mi afan se fundaba en veros.
Val. Pues ya podeis complaceros,
porque quien me busca me halla.
Vos, jóven, podeis marchar.
Cip. Teneis razon, sí señor.

(Al cabo salgo mejor
de lo que lleguè á pensar.) (*Vase.*)

ESCENA XXI.

VALENTINA, RUIPEREZ.

VAL. Me buscabais, no es verdad?
RUIP. A D. Cárlos.
VAL. Pues yo soy:
á vuestro mandato estoy,
la peticion empezad.
RUIP. Anoche á mi hermano herísteis:
su nombre es...
VAL. No me hace falta;
el nombre podeis dar alta:
con que seguid; me dijisteis...
RUIP. Que sobre cosas de juego
armásteis una contienda.....
VAL. Y que alcanzó la prevenda
de unas cuchilladas luego.
RUIP. Ayudaron vuestros planes
dos hombres que alli llegaban.
VAL. Y á vuestro hermano apoyaban
unos catorce holgazanes.
De valor no habia ninguno:
la prueba es que los vencimos,
siendo asi que solo fuimos
para cada cinco, uno.
RUIP. No me parece del caso
saber quién fué mas valiente.
VAL. No he dicho nada, corriente;
os dejo libre ese paso.
RUIP. Del hecho, satisfaccion
os he venido á pedir.
VAL. Empezad por exigir
con razon ó sin razon.
RUIP. Un duelo.
VAL. No me dá susto.
A qué hora?
RUIP. En este momento:
eleccion de armas.
VAL. Consiento
en que sea á vuestro gusto.
RUIP. Os place espada?
VAL. Jamás
en contra, Leiva, responde
en tales casos; y en dónde?
RUIP. En el cerro de S. Blas.
VAL. Es hora muy oportuna
y de complacencia mia,
que tiene gran poesía
un desafío á la luna.
RUIP. Mi peticion ya dió fin,
ahora podeis ordenar.
VAL. Tened á bien esperar
á espaldas de este jardin.
RUIP. Caballero... (*dándole la mano.*)
VAL. A Dios, amigo.
Vuestro padrino?
RUIP. Ya está.
VAL. Pues tampoco tardará
en ir el mio conmigo.

ESCENA XXII.

VALENTINA.

Amor á reñir me lanza,
y nunca se halla temor
cuando en alas del amor
se vuela y de la esperanza.
Si nadie mi afan alcanza,
si con lengua envilecida
tachan mi accion de atrevida,
censúrenla enhorabuena:
yo estaré libre de pena
si logro salvar su vida.
Y entre morir de pesar,
atormentada de tédio,
sin poder hallar remedio
que mitigue mi penar;
no es mas bello presentar
el pecho al fiero rigor
de un acero matador?
Oh! sí, y quien tal no entienda,
será porque no comprenda
á un corazon con amor.

ESCENA XXIII.

VALENTINA, ROMAN.

VAL. Roman?
ROM. Señora, que ocurre
que en ese trage os encuentro?
VAL. Espérate y lo verás.
(*Escribe por lo bajo.*)
Esta carta lleva luego
á don Cárlos.
ROM. Bien està.
VAL. Mas que nunca, ahora el misterio
debe encubrir tus acciones;
le dirás que aqueste pliego
te le entregó don Fernando,
y que se ausentó corriendo;
y aunque mil preguntas te haga,
contesta, nada sé de eso:
lo entiendes?
ROM. Aunque me apure,
no le he de decir, ni esto.
VAL. Bien está; corre al instante,
que ansiosa tu vuelta espero.
Oh! la impaciencia me abrasa.
ROM. Corro señora, qué veo!
D. Cárlos llega.
VAL. Qué dices?
Es él?
ROM. No hay duda; es el mesmo.
VAL. En qué ocasion! Me retiro.
Dale el billete.
ROM. Id sin miedo:
ya sabeis que sé guardar
y cumplir bien un secreto.
VAL. Que una palabra indiscreta
puede todo el plan torcerlo.
Ya siento pasos: es él.

(*Se entra en su habitacion.*)

ROM. Cómo saldré de este enredo?

ESCENA XXIV.

D. CARLOS, ROMAN.

CAR. Decidme por vida mia,
dónde ese hombre pudo ir?
ROM. Cansado de maldecir,
dijo que él os buscaria.
CAR. Dónde hallarle, vive Dios?
ROM. A mí me place encontraros,
porque tenia que daros
un billete.
CAR. A quién?
ROM. A vos.
CAR. De quién es?
ROM. De don Fernando.

(*Lee por lo bajo la carta.*)

CAR. Qué leo! Y se espone asi,
tal vez, á morir por mí?
ROM. (Qué es esto que está pasando?)
CAR. Ya la impaciencia me agovia:
dónde ha marchado?
ROM. No sé.
CAR. Maldicion!
ROM. Yo creo que....
á la puerta de Segovia.
CAR. Y hace mucho?
ROM. En este instante.
(Para este enredo infernal
no sé si he hecho bien ó mal;
pero que siga adelante.)
CAR. No debo un punto parar:
mil gracias.
ROM. Pronta partida.
CAR. Veinte años doy de mi vida
si á tiempo puedo llegar.

ESCENA XXV.

VALENTINA, ROMAN.

VAL. Que no me falte valor
ante mi temeridad;
si á él le lleva la amistad,
á mí me lleva el amor.
Roman, hablaste con tino.
ROM. Señora...
VAL. Déjame hacer,
y vamos.
ROM. Adònde?
VAL. A ver
el fallo de mi destino.

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

Decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

MARCELINO, ALDEGUNDIS.

MARCELINO *saliendo por el fondo, y* ALDEGUNDIS *por la segunda puerta lateral derecha.*

MARC. Vino Cipriano?
ALD. No tal.
MARC. Ya me encuentro yo impaciente,
porque quiero solamente
salir pronto bien ó mal.
ALD. Bien fácil será que haga
lo que con otros.
MARC. Qué escucho?
Cipriano la quiere mucho,
y amor con amor se paga.
ALD. Tú andas arriba y abajo
lleno de esperanza y fé...
MARC. Y no sabes muger que
no hay atajo sin trabajo?
Yo al cabo, arreglo tal cual
todas estas intriguillas,
y al fin, muchas candelillas
hacen un cirio pascual.
ALD. Pues mira, de todos modos
tengo confianza escasa.
MARC. Deja á cada uno en su casa,
que Dios está en la de todos.
Aunque á mí me falte ciencia,
en observar soy profundo,
y vale mucho en el mundo
tener un hombre esperiencia.
Jamás esperé en mi vida
ver un triunfo tan cercano;
pero aqui llega Cipriano:
quien bien ama, tarde olvida.
Retírate, esposa, á un lado.
ALD. Sí, sí, no quiero estorbar:
á solas podeis tratar
lo que sea de vuestro agrado.

ESCENA II.

MARCELINO, CIPRIANO.

MARC. Ciprianito...
CIP. Buenos dias:
cuánto he trabajado, cuánto!
MARC. Como ya tardabas tanto,
impaciente me tenias.
Y en qué ha sido ese trabajo?
CIP. Para mejor discurrir,
me he pasado sin dormir
paseo arriba y abajo.
Despues de diez borradores
que corregia y tachaba,
empezaba otro y rasgaba,

para escribir mas primores.
Y en tanta y tanta manera,
y tantas frases y modos,
no me ocurrió traher todos
para que usted eligiera.
MARC. Pero traherás?..
CIP. Sí señor:
viene muy envuelto aqui
el billete que creí
me habia salido mejor.
(*Lo trahe envuelto en seis sobres, y cubierto despues con un pañuelo.*)
MAR. Es preciso que lo leas.
CIP. Tio, no puede ser ya.
MARC. Pero, por qué?
CIP. Porque está
cerrado con doce obleas.
Está hecho con tres falsillas.
MAR. Como él bien escrito esté...
CIP. No tengais duda de que
viene á las mil maravillas.
Al empezar, á S. Pablo
invoqué con inquietud,
y principié con la cruz,
porque no lo toque el diablo;
y en cuanto escrito le habia,
fuí á un maestro de escuelas,
que entiende mucho de esquelas,
á enmendar la ortografía.
Tambien está seco al fuego;
la letra es buena, muy clara,
y porque nada faltára,
le perfumé... con espliego.
Y como á carta tan buena,
deben ir todas bien dadas,
compré obleas encarnadas,
y le puse una docena.
MARC. No me parece eso estraño,
y me gusta la abundancia,
que lo mismo aqui que en Francia
por mucho pan no es mal año.
Y aunque á paso de tortuga
vaya su amor caprichoso,
no importa, que es muy hermoso
entre col y col, lechuga.
VAL. (*desde dentro.*) Roman?
CIP. Quién es?
MARC. Valentina.
CIP. Tomad la carta. Ay de mí!
MARC. Escóndete.
CIP. Dónde?
MARC. Alli,
detrás de aquella cortina.
Lo voy todo à preparar:
que te estés callando espero.
CIP. Lo mismito que un cordero;
estaré sin pestañear.
(*Cuando se va á ocultar en el balcon, que estará cubierto con una cortina, aparece Valentina, que sin ser vista, lo observa todo.*)
VAL. (Qué veo! Disimulemos.)
(*Se detiene á la puerta.*)
MARC. Pues serenidad me sobra,
lo pondré luego por obra.
(*viendo á Valentina.*)
A tiempo viene; empecemos.

ESCENA III.

VALENTINA, MARCELINO, CIPRIANO, *escondido.*

VAL. Cerrais porque entra calor?
MARC. Siempre de génio tan viva.
VAL. Yo?
MARC. Sí, y algun tanto esquiva
tambien para tu tutor.
VAL. No lo creais.
MARC. Sí lo creo:
solo á Roman antepones.
VAL. Qué tontería! Aprehensiones.
MARC. Aprensiones lo que veo?
Pero, hablando de otra cosa,
qué linda estás!
VAL. Qué galante!
MARC. Si estás hecha en este instante
una azucena, una rosa!
Qué, no te quieres sentar?
VAL. Muy bien!
MARC. (*acerca sillas.*) (El tiempo ya apura,
y aquel que no se aventura,
no pasa nunca la mar.)
VAL. (Veremos.)
MARC. Siéntate pues;
y ya que solos estamos,
vamos á ver si tratamos
de asuntos de alto interés.
Ante todo, claridad
en cualquier proposicion,
porque con cuenta y razon
se sustenta la amistad.
Pues señor, iba diciendo....
VAL. No habeis dicho hasta ahora nada.
VAL. Pero ya estás preparada,
me entiendes, eh?
MAR. Nada entiendo.
Y con rodeo tan raro
y con frases importunas,
vendré á quedarme en ayunas
sino os esplicais mas claro.
MARC. Pues como digo, volviendo
á lo que habia empezado,
ya sabes que está prendado
Ciprianito, de....
VAL. No entiendo.
MARC. Se ha ofrecido muy formal
á ser esposo tambien....
VAL. Si hay quien le quiera, muy bien;
sino le quieren, muy mal.
MARC. Segun lo que estoy oyendo,
fuerza será que me ria:
no conoces todavia
por quién lo digo?
VAL. No entiendo.
MARC. Pues tu seriedad alabo.
(La chica me vuelve el seso,
mas no desisto por eso,

que un clavo saca otro clavo.)
VAL. (Sigàmonos divertiendo.)
MARC. Tan flaca eres de memoria,
que no recuerdas la historia
de la cita que...
VAL. No entiendo.
MARC. Pues seré yo un abestruz
y no me esplicaré bien:
tú eres la muger por quien
él anda en solicitud.
Y mi consejo siguiendo,
como es corto el pobrecito,
se declara por escrito.
VAL. Gracias á Dios que lo entiendo.
Y quién con lengua atrevida
no me dice prontamente,
Cipriano es el pretendiente
y tú eres la pretendida?
CIP. (Ya van la rueda volviendo.)
MARC. Qûé quieres? El es un santo,
y te quiere tanto, tanto.....
VAL. Diciéndolo asi lo entiendo.
MARC. Te será siempre muy fiel,
nunca te hará impacientar,
y en fin, tú puedes mirar
lo que dice en el papel.
(*Le da la carta.*)
El se esplicará á su modo,
y si quieres que yo informe....
VAL. Vos os hallareis conforme.....
MARC. Con lo que reza? En un todo.
Cuanto antes quiero que leas.
VAL. El sobre romperé al punto.
(*La carta estará cerrada con seis sobres que irá arrojando de modo que el público lo vea.*) (*sonriendose despues de haber arrojado dos ó tres.*)
Tiene fábrica por junta
de papel blanco y obleas?
CIP. (Ya se rie; no me pesa.)
MARC. Está tan enamorado....
VAL. Y cada sobre es un grado
del amor que me profesa?
Entonces á lo que infiero,
como su amor no mitigue,
se hiela pronto si sigue
á seis grados bajo cero.
MARC. Que géniotan singular,
y que traviesa te veo.
CIP. (Estoy como se halla un reo
á quien van á fusilar.)
VAL. Travesura hallais en mí?
MARC. Travesura,
VAL. (*tirando el ultimo sobre.*) Al fin llegué.
Gracias á Dios, la encontré,
y la carta dice así.
Señora, tomo la pluma:
empiezo á escribir, y sudo:
un pesarcillo me abruma,
y digo que estoy en suma
confuso, atónito y mudo.
Mi pecho no desconfia
de atreverse á dar un vuelo
y hallar en vos simpatia;
pero me causan recelo
las palabras de mi tia.
Sus dudas me dejan frio,
y luego de quicio sacan
á un corazon como el mio:
aunque esas dudas aplacan
las palabras de mi tio.
No es una gran bobería
el dudar de vuestro amor?
Y quién dará en la mania
de soñar con el rigor,
como lo sueña mi tia?
Yo tengo buen atavio,
mi figura es arrogante,
y con este poderío
debo de salir triunfante
segun me dice mi tio.
Tendreis quién vuestra hidalguia
ostente con garbo y brio,
si en la contienda del dia
se equivocase mi tia,
pero acertase mi tio.
No será esperanza vana
la que yo llego á entrever:
y si vos quereis, mañana
vuestro esposo podrá ser
Cipriano Corto y Medrana
VAL. (*declama.*) Chistosa carta escribió,
CIP. (La agrada lo que ha leido;
de esta hecha soy su marido.)
VAL. La dictasteis vos?
MARC. Yo, no.
Amor le saca de quicio,
y con amor no hay seguro
un incontrastable muro,
ni hay cabeza con gran juicio.
VAL. En la presente ocasion
quisiera verle.
MARC. Sí?
VAL. Si.
CIP. (*alto.*) Pues señora, estoy aqui
encerrado en el balcon.
VAL. ¡Qué osadía!
MARC. (¡Pobre de él!)
VAL. No creyera audacia tanta.
(*corre Valentina la cortina, y sale Cipriano.*)
MARC. (Tiró el diablo de la manta
y se descubrió el pastel.)
VAL. Asi abusais?
CIP. (Se incomoda.)
VAL. Ocultarse y escuchar!
CIP. Fue por no hacerme esperar
caso de que hubiera boda.
VAL. Y como tan formidable
y en tal decision ahora?
CIP. Por ser cofrade, señora,
de una hermandad respetable.
VAL. Por qué pues tantó rebozo?
MARC. Conozco que fue imprudente...
VAL. Pues lo tendré muy presente.
MARC. (Todo mi gozo en un pozo.)
VAL. La entrevista está acabada.

Marc. Sin querer determinar?
Val. Lo quiero antes consultar....
Marc. Con quién?
Val. Con quién? Con la almohada.
(*vase.*)
(*momento de pausa en el cual quedan contemplándose mútuamente tio y sobrino.*)

ESCENA IV.

Marcelino, Cipriano.

Cip. Y bien tio qué os parece?
Marc. Digo que en esta jugada
nos cortó la retirada:
pero yo sigo en mis trece.
Cip. Yo no sé lo que me pasa.
(*viendo entrar á don Càrlos.*)
¡Ay! este hombre es Satanás.
(*Càrlos entra sin hablar y revisándolo todo con desenvoltura.*)

ESCENA V.

Los mismos, D. Carlos.

Marc. (Y se entra sin mas ni mas
como Pedro por su casa.)
A quién buscais, caballero?
Car. A quién busco? A D. Fernando.
Cip. Yo no sé...
Car. Habladme volando.
Marc. No hay aqui tal...
Car. Majadero.
Cip. (Lluevan sobre mi desgracias.)
Marc. (Digo, de fuera vendrá
quien de casa me echará,
y aun tendré que darle gracias.
¡Qué atento!)
Car. Viejo gruñon,
sino dices donde se halla,
pronto mi corage estalla
y os hecho por el balcon.
Marc. (Hoy es dia de chubascos.)
Cip. Tiemblo al mirarle.
Car. ¿Qué haceis,
que ninguno respondeis?
Marc. (Ya escampa, y llueven peñascos.)
Pero si aqui...
Cip. (*á su tio.*) Con prudencia.
Marc. Desconocemos...
Car. ¡Qué escucho!
Mirad que he sufrido mucho
y me apurais la paciencia.
Decid, dó está don Fernando?

ESCENA VI.

Los mismos, Valentina.

Val. ¡Qué voces! ¡Ay! ¿Erais vos?
Dejadnos solos.
Marc. ¡Los dos!
Val. Me replicais? Yo lo mando.
Aqui nada les preguntan.
Cip. (Tienen los genios de árpia.)
(*retirándose.*)
Marc. (Bien dicen, que Dios los cria,
y que al fin ellos se juntan.)

ESCENA VII.

Valentina, D. Carlos.

Val. ¡Qué agitado! Cómo así?
Car. ¡Oh! dispensadme señora,
que lo que me pasa ahora
me tiene fuera de mi.
Decidme por Dios, en donde
está vuestro primo? Hablad.
Val. Ese temor, en verdad
á su valor no responde.
Os admirais? cómo es eso?
Estoy de todo informada.
Y vos no sabeis?...
Car. Yo, nada.
Val. Pues os contaré el suceso.
Car. No me hagais mas padecer.
Val. El duelo se efectuó.
Car. Y qué suerte le tocó?
Val. No era dudosa.— Vencer.
Car. ¡Vencedor!
Val. Qué hay de imposible?
Cuando la amistad escuda,
y á mas el valor ayuda,
el hombre se hace invencible.
Car. Y en dónde podré encontrarle
á ese amigo generoso?
Porque estoy inquieto, ansioso,
hasta poder abrazarle.
Val. Si médico fueseis vos
y dos enfermos tuviérais,
á cual de ellos asistiérais?
Car. No ofrece duda. A los dos.
Val. Os veo disponer medios
para aliviar al ausente,
y al enfermo que hay presente
no le prodigais remedios.
Car. Yo no comprendo el valor
de vuestras...
Val. Pues escuchad:
olvidais por la amistad...
Car. A quién, Señora?
Val Al amor.
Car. Cuando estoy...
Val. Muy distraido.
Car. Por pensar...
Val. Por no pensar.
Car. Mi silencio...
Val. No es amar.
Car. Cuando os adoro...
Val. Fingido.
Car. Estais señora engañada.
Mi corazon....
Val. Se comparte.
Car. Está aqui....
Val. Y en otra parte.

CAR. Y no veis?...
VAL. No veo nada.
Quien ante su amor presente
prestando á otra idea vida
su dulce pasion olvida,
ni adora, ni ve, ni siente.
CAR. Conozco mi indiscreccion
y espero vuestra sentencia,
que en pos de la penitencia
vá siempre la absolucion.
Con que la ofendida elija
la pena que júzgue.
VAL. Hoy no,
que con esto espero yo
que la falta se corrija.
CAR. Con tal palabra me animo,
pues no sereis rencorosa.
VAL. Ahora soy yo muy gustosa
en que veais à mi primo.
CAR. Sí, que el deseó me abrasa;
tengo precision de hablarle.
VAL. Ahora podreis encontrarle
tal vez.....
CAR. Dónde?
VAL. En esta casa.
Estais ahora satisfecho?
Ya el amor...,
CAR. Por Dios callad,
que el amor y la amistad
caben á un tiempo en mi pecho.
VAL. Esta idea retened.
CAR. No desconfieis por Dios.
(*Roman entra con una carta.*)
ROM. Esta carta para vos.
CAR. Me dais permiso?
VAL. Leed.
(*lee para sí.*)
CAR. Señora, ya no reprimo
mi gozo.
VAL. (*á Roman.*) El señor delira?
CAR. Quién es el que no se admira
con lo que ha hecho vuestro primo?
VAL. Qué ha hecho?
CAR. Lleva la palma
su aventura singular:
oid y podeis juzgar
cuanta es su grandeza de alma.
(*lee alto.*)
Señor D. Cárlos: La generosidad con que os habeis conducido en el lance de anoche, habiéndome desarmado dos veces, sin quererme herir, me ha servido de completa satisfaccion, y me hace esperar os dignareis admitir la franca amistad con que os brinda, quien con tanto orgullo desea ser eternamente vuestro mas leal amigo.= Ruiperez.
CAR. Qué os parece?
VAL. Yo soy parte
muy interesada en eso,
porque cualquiera suceso
entre los dos se comparte.
CAR. Segun oigo, no podrá
disponer...
VAL. Nada por sí.
CAR. Luego el duelo...
VAL. Fué por mi.
CAR. Le incitásteis?
VAL. Claro está.
CAR. Y vos señora?....
VAL. Os asombra?
A quien yo mi amor conceda,
D. Cárlos, mientras yo pueda,
no ofenderán ni aun su sombra.
CAR. ¡Qué grandeza!
VAL. ¡En tales seres!!!
decid aunque con rubor,
que dan lecciones de amor
á los hombres, las mugeres.
CAR. Cómo rindo adoracion
à un hecho tan colosal?
VAL. Pagando en moneda igual
cuando llegue la ocasion.
CAR. Hoy, que lá ventura toco,
ser tan pequeño me espanta,
porque ante grandeza tanta
mi sangre y mi vida es poco.
Y cuando al par se eslabona
amor y amistad, bien veis....
VAL. Que vos unirlas podeis
en una sola persona.
CAR. Qué decis?
VAL. Lo que es posible:
CAR. Pues con mil dudas batallo,
que en vuestras palabras hallo
un arcano incomprensible.
No puedo creer apenas....
VAL. Tanto ofuscan los sentidos
los varoniles vestidos
y las postizas melenas?
CAR. Y mi mente no alcanzó,
Valentina....
VAL. A comprender
que habia solo una muger,
y que esa muger fuí yo.
CAR. Tanta dicha me enloquece,
todo me parece un sueño.
VAL. Comprendeis ahora mi empeño?
CAR. Cuánto esa accion no merece?
Cuando en Fernando pensaba
la vida esponiais por mí?
VAL. Y qué importaba, si asi
salvar la vuestra lograba?
Y no era menor el mal,
en la contienda muriendo,
que vivir, pero sufriendo
si el hado os era fatal?
Fundaba en vos mi ventura;
por eso fuí decidida
con gusto á esponer mi vida.
CAR. Admirable criatura!
Cómo puede sostener
tanto amor, tanta altiveza,
tanto talento y grandeza
un corazon de muger?
Lloras, Valentina?

VAL. Sí,
pensando que alcanzo el bien
en que soñando creí:
y aquel varonil valor
que tanto en mí hais admirado,
desde hoy será reemplazado
solamente con amor.
Que aunque falte la bravura
para poderos salvar,
podreis otro muro hallar
labrado por mi ternura;
que quien, como yo, atesora
el amor.... (*viendo á Roman á la puerta.*)
Llega, Roman;
y tú, que sabes mi afan,
contempla mi dicha ahora;
el mejor de los criados,
el que me dió proteccion.
CAR. El dia de nuestra union
tendrás quinientos ducados,
ROM. Vuestros ducados guardad;
yo pido mas.
CAR. Qué quereis?
ROM. Quiero que no me negueis...
VAL. Acaba.
ROM. Vuestra amistad.
CAR. A cumplirlo asi me obligo.
VAL. Roman, Roman, la tendrás.
CARL Ya desde hoy tú no serás
criado, sino un amigo.
ROM. Gracias, mil gracias! Confio...
VAL. Quiero que llames tambien
en este momento...
ROM. A quién?
VAL. A Cipriano y á su tio.
ROM. Voy á hacerlo muy formal. (*vase.*)
VAL. Vereis á quién mi tutor
quiso entregase mi amor.
CAR. Y que fuera mi rival?
VAL. Justo: ya viene, observad.

ESCENA ULTIMA..

Los mismos, MARCELINO, CIPRIANO, ROMAN.

CIP. (*á su tio.*) Con que decís?
MARC. (*á Cipriano.*) Sí, Cipriano,
que te vá á entregar su mano.
VAL. Ea, señores, llegad.
No quiero mas ocultarlos
lo que dentro el pecho siento,
y en ser esposa consiento...
MARC. De Cipriano ?...
VAL. De D. Cárlos.
CIP. (Me ha jugado una tranquilla.)
MARC. Con que á su amor...
VAL. No há lugar.
MARC. Esto se llama nadar
para morir á la orilla.
Qué infamia!
CIP. Qué alevosía!
Mal á mi amor corresponde.
Yo me voy, tio.
MARC. Y á dónde?
CIP. A contàrselo á mi tia. (*vase.*)
CAR. Qué humos gasta!
VAL. Son muy buenos.
MARC. Mis canas apreciareis.
VAL. Mi mayordomo seréis.
MARC. (Entonces, del mal en menos.)
VAL. Mi juicio el amor abona:
todas mis dudas aleja,
y hoy de ser traviesa deja
Valentina...
MARC. Valentona!

Aqui acaba mi desvelo:
si aplaudís de buena fé,
podré decir sin recelo,
que es muy cierto aquello de
voz del pueblo, voz del cielo.

FIN.

MADRID: 1846.
IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.